# Las Comisiones Agrarias del Sur

Marte R. Gómez

MARTE R. GOMEZ., Ingeniero, nació en Reynosa, Tamaulipas, en 1896. De 1909 a 1914 estudió en la Escuela Nacional de Agricultura de San Jacinto, y de 1916 a 1917, en la Escuela Libre Ateneo Ceras. Político y escritor, conocedor profundo de los problemas del campo mexicano.

Entre los cargos y comisiones que ha desempeñado, destacan entre otros los siguientes; jefe del Departamento de Aprovechamiento de Ejidos y director auxiliar de la Comisión Nacional Agraria; director de la Escuela de Agricultura; subgerente del Banco Nacional de Crédito Agrícola; diputado local en su entidad; diputado al Congreso de la Unión; secretario de Agricultura y Fomento en el gobierno de Emilio Portes Gil; senador por su entidad; subsecretario y secretario de Hacienda y Crédito Público; gerente de los Ferrocarriles Nacionales de México; embajador en Francia, en Austria y ante la Sociedad de Naciones; gobernador constitucional de su estado; y secretario de Agricultura y Fomento en el gobierno de Manuel Avila Camacho.

Sus obras mas importantes han sido: Explicaciones y orientaciones sobre crédito ejidal, Aciertos y equivocaciones, Luces y sombras de la Reforma Agraria de México, A un joven agrónomo mexicano y un estudio sobre la Educación agrícola superior en México.

El ingeniero Marte R. Gómez en este ensayo sobre Las comisiones agrarias del sur, comenta sobre sus experiencias en Yautepec, Morelos, a donde fue comisionado en 1915, como alumno de la Escuela Nacional de Agricultura, para realizar estudios a nivel técnico, legal y social en relación con la división de las haciendas en esta zona.

Con esta obra, el INEHRM complementa la historia de la Revolución a partir de una versión agrarista de uno de los más connotados autores sobre el tema.

# LAS COMISIONES AGRARIAS DEL SUR

MARTE R. GOMEZ

## INTRODUCCION

*Haciendo un balance final de la obra del Ing. Marte R. Gómez, podemos llegar a establecer algunas conclusiones de relevancia para comprender e interpretar su actividad revolucionaria agrarista.*

*La primera de ellas para algunos tal vez circunstancial, es el hecho de haber sido estudiante de la Escuela Nacional de Agricultura en las postrimerías del gobierno de la dictadura. Su temprano ingreso a esa institución en 1909, cuando contaba con 12 años de edad, no fue impedimento para que participara en la huelga de estudiantes que en abril de 1911 se enfrentó al director de la Escuela primero y al Secretario de Fomento después protestando por la comida, el material y en general las condiciones del régimen de internado al que estaban sujetos.*

*La generación de aquellos jóvenes que valientemente se enfrentaron a "la montada", uno de los más renombrados instrumentos de represión de Díaz, en defensa de sus demandas, obligó al Secretario de Fomento, Lic. Manuel Marroquín y Rivera a ceder frente a ellas. Sin embargo el espíritu fortalecido de los estudiantes iniciaba apenas su cuestionamiento al sistema.*

*Poco tiempo después, al estallar la huelga de la Escuela Nacional de Medicina solidarizándose con su grupo social, mide nuevamente su fuerza o tal vez la debilidad del régimen, a*

quien de hecho iban dirigidos los golpes, como finalmente lo prueba el hecho de haberse manifestado en contra del general Porfirio Díaz, solicitando su renuncia a la primera magistratura del país, haciéndose "fieles intérpretes de la voluntad unánime del pueblo".[1]

Voluntad que resultó todavía más evidente cuando encabezaron la manifestación pública que recorrió las calles de México y llegando hasta la casa del mismo Don Porfirio le reiteró de palabra su petición escrita. Hervía todo México en la agitación política del momento histórico que se vivía.

El Cuartelazo lo sorprendió haciendo "guardia" en su querida escuela y de la misma manera presenció el 23 de mayo de 1914 los fusilamientos de los sublevados de Santa Julia, ordenados por el general huertista Ignacio Bravo. Fue este hecho, a juicio del propio Marte, el que más influyó para que los alumnos de la Escuela Nacional de Agricultura unieran sus fuerzas y recursos a la Revolución de México, unos como ingenieros y otros empuñando directamente las armas.

La vida estudiantil le dio oportunidad de conocer las ideas del Ing. Ignacio Díaz Soto y Gama, su maestro de mecánica analítica. El Ing. Díaz, simpatizante de la causa zapatista al igual que sus hermanos, había resentido la política represiva de Huerta, sabedor del papel que sus hermanos y sobre todo el Lic. Antonio Díaz Soto y Gama, desarrollaban en el campo suriano. Por lo que despidiéndose de sus alumnos les externó su intención de irse con Zapata y la invitación para que lo secundaran. Una invitación convertida en la esperanza de participar eficazmente en la reorganización del país cada vez más convincente por el desarrollo de los acontecimientos y en virtud del enlace que tenían con el Ing. Manuel Palafox, Ministro de Agricultura de la Convención a través de su compañero Alfonso Cruz, quien le conocía personalmente.

En ese momento, enero de 1915, los zapatistas habían logrado que los revolucionarios aceptaran como primerísima solución del conflicto, la adecuada redistribución del territorio nacional y se iniciaban las medidas necesarias para llevarla a efecto.

La idea y organización de las Comisiones Agrarias fue del

1 El diario "El País" publicó el 30 de abril de 1911, el manifiesto de los estudiantes de la ENA, solicitando a Porfirio Díaz su renuncia. *Cfr.* Marte R. Gómez, *Las Comisiones Agrarias del Sur*, México, Porrúa, 1961.



General Manuel Palafox, separado de su ministerio a fines de abril del mismo año, no sin antes haber puesto en marcha su iniciativa.[2]

La primera comisión nacional agraria que se nombró para trabajar en el Estado de Chihuahua a las órdenes del Ing. Manuel Bonilla, estuvo integrada por la generación de 1908 de la Escuela Nacional de Agricultura y a la postre "fueron los victoriosos del constitucionalismo".

Otras comisiones agrarias que se nombraron fueron las del Estado de México, el Distrito Federal, Guerrero (que no llegó a funcionar) Morelos y Puebla. Esta ultima siempre tuvo problemas para su funcionamiento por razones militares.

Las comisiones agrarias de Morelos fueron establecidas en: Cuernavaca, Yautepec, Cuautla, Jojutla, Jonacatepec y Tetecala y despertaron el mayor interés precisamente porque trabajaron en la zona dominada por los sureños.

Marte R. Gómez fue nombrado el 23 de enero de 1915 Ayudante de la Comisión Nacional Agraria para el Distrito de Yautepec, Morelos. Llegó a su destino "más o menos el 10 de febrero de 1915"[3] y junto con sus compañeros ocupó la casa solariega del extinto Lic. Ignacio Manuel Altamirano.

Yautepec es de particular importancia por su colindancia con la hacienda de Altihuyan (propiedad de Antonio Escandón) y Anenecuilco (cuna de Zapata). Era también en época zapatista, dominio del general Amador Salazar, muerto trágicamente por una bala carrancista, el 16 de abril de 1916.

Los trabajos que, en general, desarrollarían las comisiones nacionales agrarias distinguían tres aspectos básicos: técnico, legal y social. Técnicamente se contaba con elementos muy distinguidos, que en teoría deberían restituir el conjunto geométrico de la propiedad rústica establecida por la Colonia y avalada por los títulos de cada pueblo, con lo que se cubría el aspecto de legalidad. En la práctica, deberían contemporizar con los pueblos para llegar a un acuerdo tácito de división de las haciendas (reivindicación social).

En julio de 1913, Emiliano Zapata había girado instrucciones a los jefes zapatistas imprimiéndole a las faenas agrícolas

2 Los nombramientos de las Comisiones Agrarias fueron publicados el 17 de enero de 1915 en el No. 249 de Revista de Revistas.

3 Marte R. Gómez, *Las Comisiones Agrarias del Sur*, México, Editorial Porrúa, 1961, p. 53.

el rasgo de trabajos militares y destacando la labor social que les incumbía para ayudar a los pueblos a tomar posesión de sus terrenos.

Los comisionados a la zona de Morelos contaban con un salvoconducto firmado por el propio jefe del Ejército Libertador del Sur para transitar libremente en la zona dominada por sus fuerzas y además con la orden expresa de respetarles vida y trabajos.

Con estos antecedentes podría pensarse que la labor se desarrollaría sin mayores obstáculos, sin embargo, el relato que en un lenguaje rico y anecdotario nos hace el Ing. Gómez en su libro "Las Comisiones Agrarias del Sur" del cual reproducimos los dos primeros capítulos, nos familiariza con las imprecisiones de los viejos planos coloniales que originaron "discusiones interminables para localizar una piedra grande' un 'amate frondoso un cerro boludo una barranca honda', etc." en los que el mismo se vio envuelto,[4] o, las dificultades con los pueblos indígenas por la desconfianza que procreaba el idioma, la ropa, el modo de hablar de los "agrios"

Por otra parte, los trabajos que desarrollarían las comisiones nacionales agrarias, que en resumidas cuentas harían posible el "Plan de Ayala, significaban también localizar lo que los pueblos habían tomado al irlo perdiendo el huertismo.

No era entonces una tarea liviana; pero en cambio permitió a sus ejecutantes tensar hasta la raíz el problema agrario en México y en 1920 al darse la unificación revolucionaria, tramitar sus demandas a través del artículo 27 Constitucional, habiendo conocido a priori lo que significaba reestructurar la propiedad.

La ubicación espacio-temporal del Ing. Marte R. Gómez durante el conflicto revolucionario y su participación en la solución de los problemas del campo, hacen de su testimonio una fuente obligada para los investigadores. La ambientación, los problemas y soluciones de la facción zapatista aparecen algunas veces entre líneas y otras expresamente en el contenido de su obra. Aún más, si bien es cierto que los trabajos que realizaron las comisiones nacionales agrarias no fueron suficientes para que el gobierno de Carranza los respetara, al menos "...pusieron en duda todo lo que los hacendados habían creído consolidar con mojoneras que los vecinos de los pueblos se apresuraban a demoler... los intereses de los pueblos ya no podrían pasarse por alto".[5] Estas son las razones que nos llevaron a valorar y difundir la obra revolucionaria del Ing. Marte R. Gómez, no obstante que su posición política posterior a este periodo le dio mayores oportunidades de decisión en favor de los campesinos de México, siendo Diputado, Senador, Secretario de Agricultura y Fomento, Presidente de la Comisión Nacional Agraria, etc.

A fines de 1915, el zapatismo como grupo militar organizado y como organización civil de gobierno, iniciaba su desintegración, la bandera agrarista le había sido arrebatada por el carrancismo. Las comisiones nacionales agrarias que habían sido las avanzadas del "Plan de Ayala", se veían amenazadas por la disidencia sureña y los embates constitucionalistas. Algunos habían muerto, otros disfrutaban del triunfo y un tercer grupo iniciaba "la desbandada", esperando sin claudicar, la apertura política que les permitiría actuar de acuerdo con sus convicciones. En estos últimos podemos situar el Ing. Marte R. Gómez.

México, D. F., a 4 de julio de 1982

GUADALUPE PEÑA ROJA

4 *Op. Cit.* p. 62.

5 *Op. Cit.*, p. 82.

# LAS COMISIONES AGRARIAS DEL SUR

## I

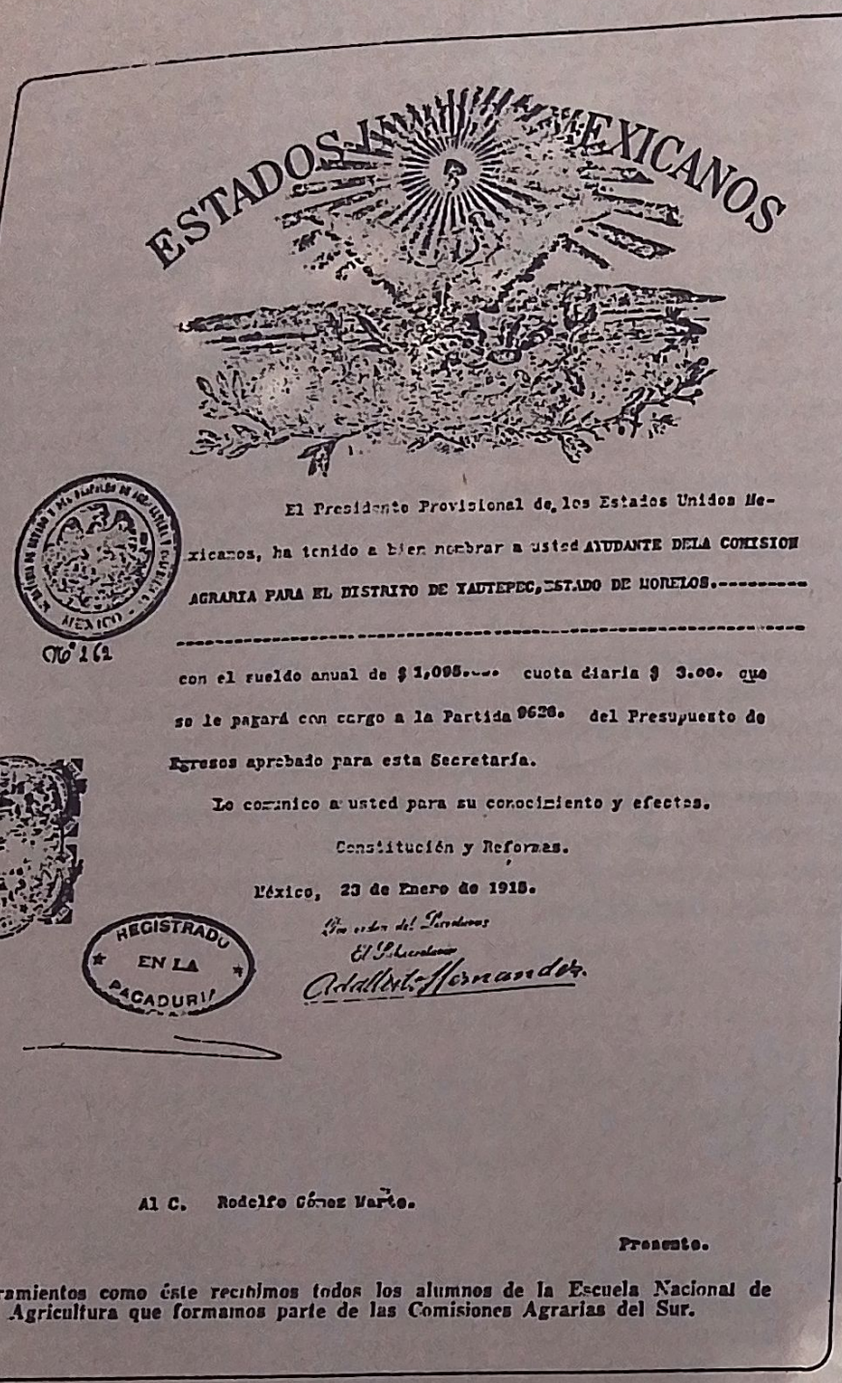
## NUESTRA INCORPORACION A LA REVOLUCION

Conviene recordar que la huelga de la Escuela Nacional de Agricultura, en abril de 1911 —que acabó por pedir la renuncia del Presidente de la República—, y los fusilamientos de mayo de 1914, que tuvieron por escenario el Polígono de Tiro de nuestra escuela, nos lanzaron colectivamente, puede decirse, contra la dictadura. Ya para entonces, por cierto, varios de nuestros compañeros habían empuñado las armas y luchaban en los distintos campos de batalla contra los hombres del cuartelazo.[1]

La mayoría de nosotros, sin embargo, especialmente los de años superiores, nos resistíamos a cortar los estudios y queríamos presentar nuestros exámenes antes de tomar ningún partido. La división que a última hora confrontaba, en campos antagónicos, a carrancistas, zapatistas y villistas, anunciaba en efecto que estaba por abrirse otra etapa sangrienta en nuestras luchas intestinas. Según nuestras preferencias personales, por el partido que fueron tomando nuestros amigos o porque el destino, aparentemente ciego, así lo quiso; se fueron formando en nuestra escuela grupos adictos a cada una de las facciones en pugna.

Por nuestra preparación profesional, fue natural que, al escoger bandería, lo hiciéramos sobre todo para tomar a nuestro cargo, como ingenieros, la ejecución de nuestra Reforma Agraria, que aparentemente postergada, o ignorada; en el fragor de la lucha armada contra el huertismo, resurgía con inusitado vigor al momento en que los nuevos grupos

1. Por lo que toca a la huelga de la Escuela Nacional de Agricultura de 1911, y a los fusilamientos de mayo de 1914, consúltese *Anecdotario de San Jacinto.* Librería de Manuel Porrua, S. A. México, 1958.



ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

El Presidente Provisional de los Estados Unidos Mexicanos, ha tenido a bien nombrar a usted AYUDANTE DELA COMISION AGRARIA PARA EL DISTRITO DE YAUTEPEC, ESTADO DE MORELOS.----------

---

con el sueldo anual de $ 1,095.--- cuota diaria $ 3.00. que se le pagará con cargo a la Partida 9628. del Presupuesto de Egresos aprobado para esta Secretaría.

Lo comunico a usted para su conocimiento y efectos.

Constitución y Reformas.

México, 23 de Enero de 1915.

Por orden del Presidente
El Subsecretario
Adalberto Hernández.

REGISTRADO EN LA PACADURIA

Al C. Rodolfo Gómez Marte.

Presente.

Nombramientos como éste recibimos todos los alumnos de la Escuela Nacional de Agricultura que formamos parte de las Comisiones Agrarias del Sur.



grupos en pugna se empeñaran en ser los porta-estandartes del radicalismo y en poner en vías de ejecución planes de reforma social, de reforma agraria, sobre todo.

La primera Comisión Agraria que salió de la Escuela Nacional de Agricultura, fue la que se organizó para ir a trabajar al Estado de Chihuahua, a las órdenes del ingeniero don Manuel Bonilla. A quienes la integraron, tuvieron hasta que anticiparles los exámenes de algunas de las materias del séptimo año, que casi todos cursaban.

A mi antigüedad, en cambio, le tocó dar casi todo el contingente de las que fueron Comisiones Agrarias del Sur. El mayor interés se puso, desde un principio, en integrar las que deberían actuar en los seis ex distritos del Estado de Morelos, es decir: Cuernavaca, Yautepec, Cuautla, Jojutla, Jonacatepec y Tetecala; pero se expidieron también nombramientos para integrar comisiones que, de haberlo permitido las operaciones militares, hubieran funcionado con oficinas centrales en los Distritos de Atlixco, Chietla, Matamoros Izúcar, Chiautla y Tepeji de la Seda del Estado de Puebla; en los Distritos de Alvarez, Zaragoza, Hidalgo, Morelos y Alarcón del Estado de Guerrero; en los Distritos de Chalma, Texcoco, Otumba, Ixtlahuaca, Tenancingo, Sultepec, Santiago Tianguistengo y Tenango del Valle, del Estado de México; y aun el mismo Distrito Federal.[8]

A decir verdad, cuando nos inscribimos para ir como ingenieros a las comisiones agrarias que organizó el zapatismo, el que nos indujo a ello fue nuestro maestro de Mecánica Analítica, el distinguido ingeniero civil don Ignacio Díaz Soto y Gama, hermano del licenciado don Antonio del mismo apellido, que tan prominente papel desempeñó en el proceso inicial de nuestra Revolución. El ingeniero Soto y Gama fue sin disputa, y creo que su hermano, el licenciado, estará de acuerdo con este juicio mío, el intelectual más brillante, el más inteligente, el más valiente, el más atrayente, el de personalidad más definida, de toda la familia Soto y Gamà y casi seguramente de su Generación, en la entonces Escuela de Ingenieros. Tanto así, que México no supo nunca, como sí lo supimos nosotros, que fuimos sus discípulos primero y sus modestos colaboradores después, todo lo mucho que nuestra Patria perdió con su muerte prematura.

Al dictar estas líneas, lo recordé, por cierto, como si todavía lo estuviera viendo: un hombre fino, distinguido, que no perdía nunca el aplomo y para quien la energía no era más que una de las formas de la elegancia.

Vestía de negro —quizá por algún luto reciente—, pero su traje estaba siempre impecablemente planchado y limpio de mácula. La pechera de la camisa y los bordes de los puños albeaban, sobre todo cuando agitaba las manos para hacernos entender el cubo de las fuerzas —que fue probablemente lo que con más dificultad entendimos—, el entrar con paso

8. *Revista de Revistas*, Núm. 249, Domingo 17 de enero de 1915, pág. 3.

tardo en la Mecánica Analítica, que nuestro maestro dominaba como pocos quizá lo hayan hecho.

En abril de 1914, si no me equivoco, Huerta, que acosado ya por todos lados, pero deseoso de hacer creer que contaba todavía con fuerzas que le permitirían triunfar de la Revolución, había mandado uniformar, desde el mes de febrero anterior, a todas las escuelas superio res; les dio grado militar, mandando que se uniformaran también a todos lc empleados del Gobierno, entre ellos, naturalmente, los catedráticos de las distintas escuelas profesionales.

Conociendo las ideas antigobiernistas del ingeniero Soto y Gama, después de la primera clase que tuvimos con él, a raíz del famoso decreto, nos le acercamos para preguntarle si pensaba cumplirlo. El correspondió con malicia a la malicia de nuestras sonrisas, se encogió de hombros, hizo con la mano un gesto vago de desdén y nos dijo:

—El decreto de Huerta, es una de las diez mil cosas que en esta vida me tienen completamente sin cuidado. Me voy al Sur, a los que quieran asumir la responsabilidad que en este momento nos incumbe a todos, allá los espero. . .

Desde ese día su llamado estuvo resonando y haciendo su camino dentro de nosotros. Cuando llegó la hora, casi todos decidimos irnos a Morelos.

El contacto personal que facilitó nuestra incorporación a las Comisiones Agrarias del Sur, lo estableció nuestro compañero Alfonso Cruz, que se inscribió en nuestra Escuela en 1905, pero que movido por la inquietud, o empujado por la necesidad, abandonaba sus estudios de vez en cuando para irse a trabajar y acabó por incorporarse, finalmente, a la generación de que yo formé parte, la de 1909.

En alguno de sus viajes por el noroeste de la República, parece que Cruz se encontró, a fines de 1910, con el que todavía no era más que contador y comerciante, o agente viajero, pero que ya en nuestros tiempos, sería Secretario de Agricultura y encargado por el General Zapata de poner en obra las promesas del Plan de Ayala. Hablo naturalmente del General Manuel Palafox, Ministro de Agricultura de la Convención.[9]

A Cruz no le costó trabajo convertirse en el personaje de confianza, encargado de hacer la elección de los alumnos de Agricultura, que deberían de ir a formar parte de las nuevas Comisiones Agrarias. Según él mismo me dijo, lo asesoraron los ingenieros Virgilio Figueroa y Juan E. Contreras, los dos distinguidos agrónomos, queridos maestros y hombres de ideas revolucionarias.

Fue natural que la mayoría de los seleccionados fueran de nuestra antigüedad. La otra antigüedad numerosa, la de 1908, había servido, como antes explicamos, para integrar la Comisión Agraria que fue a

9. Tomó posesión del cargo el 1o. de enero de 1915, *Revista de Revistas*, núm. 248, domingo 10 de enero de 1915.



operar al Estado de Chihuahua. Otros de nuestros compañeros de esa misma antigüedad, formaron el pie veterano de los que serían los agrónomos victoriosos dentro del Constitucionalismo.

El ingeniero Adalberto Hernández, que acababa de ser nombrado Sub-secretario de Agricultura, firmó nuestros nombramientos con fecha 23 de enero de 1915. El mío rezaba que había sido designado "Ayudante de la Comisión Agraria para el Distrito de Yautepec, en el Estado de Morelos" Fue, como remuneración, el nombramiento más modesto que tuve, pero sigue siendo, hasta la fecha, uno de los que en mi fuero interno considero que más me honraron. Fue también, para casi todos los alumnos de la Escuela Nacional de Agricultura que recibimos designación semejante, mucho más que el principio de una carrera burocrática; la iniciación de un apostolado que le dio sentido a nuestro ejercicio profesional.

*
* *

Cuatro días después, el 27 de enero, nos pagaron un mes de viáticos anticipado. Con su importe, un pequeño grupo de viejos amigos, casi todos de origen norteño, nos fuimos a comprar, por los establecimientos comerciales que abrían sus puertas en la hoy amplia calle de Pino Suárez y en el también demolido mercado del Volador, botas mineras y ropa de campo que nos identificara como surianos. Después decidimos despedirnos de la Capital con todos los honores de la Ley. Éramos, hasta donde recuerdo, Alberto García Teruel, Gaspar Garza Lara, Francisco García Robledo y yo.

Para hacer tiempo y con el ánimo de robustecer nuestro vigor —porque éramos tan ingenuos que creíamos necesitarlo— nos metimos al ya desaparecido Café Inglés, que estaba frente al ya también desaparecido Teatro Principal y le pedimos a Mayeya —uno de los meseros más populares de la época— que nos sirviera algo que nos estimulara para no hacer mal papel en la excursión nocturna que proyectábamos. Recuerdo muy bien que Mayeya nos barrió con los ojos, disimuló apenas la risa que nuestra demanda le causaba y nos trajo sendas copas de peppermint helado.

Debió estar seguro de que no eran precisamente estimulantes los que nos faltaban. Procedió, en todo caso, como si trajera sus clásicos tan en la palma de la mano, como las charolas en las que acomodaba las copas con las bebidas que le pedía su numerosa clientela, toda vez que Aristóteles —como hube de averiguar muchos años después—, en sus *Problemas* explica ya —véase si no el *Quinto Libro* de François Rabelais- que la menta lo que hace es enfriar los cuerpos y disminuir la potencia viril. Como Hipócrates había también asegurado muchos años antes, que la menta aguaba la sangre.

Pero a nosotros nada de esto se nos pudo venir a la cabeza, porque lo único que nos intrigaba era el aspecto mismo de la bebida, que en la cantina de Eulogio[10] nadie nos había puesto delante.

Nos entretuvo mucho transparentar el licor, saborear su contenido y disolver en la boca los pedacitos de hielo despedazado. Si no me equivoco, tomamos dos rondas de aquella bebida que era resueltamente verde, como años después quiso García Lorca que fuera siempre el verde. Era también el color del que lo veíamos todo aquella noche.

Después nos fuimos a una casa galante que se nos había garantizado que era muy discreta y bien frecuentada. Estaba en la acera que da al norte, frente al Jardín de Santiago. Al principio causamos cierto respeto con nuestra indumentaria suriana pero las muchachas, expertas en esta clase de menesteres, se dieron cuenta pronto de lo que éramos y se propusieron alegrar lo que inmediatamente adivinaron que era nuestra despedida de la Capital y nuestra incorporación a la Revolución. Hasta se ofrecieron, contagiadas del entusiasmo que nos desbordaba, a irse con nosotros. Todavía recuerdo que los mayores estragos los causaron los ojos borrados —como decimos en el norte de los ojos claros—, y las pestañas de Garpar Garza Lara. Porque no en vano se llamaba Gaspar, como el más joven y apuesto de los tres reyes magos que le rindieron ofrenda al niño Dios con mirra, con oro y con incienso; porque era, todo en uno, hombre, rey y Dios.

Carecería de objeto, para los fines que persigue esta narración, que me dejara yo ir hasta recordar con mayores detalles un episodio intrascendente que podría caber más bien en las páginas de cualquier novela picaresca. Sólo lo traigo a colación aquí por la circunstancia de que ese fue el motivo para que regresáramos a las primeras horas de la madrugada siguiente, caminando a pie por las calles de Comonfort. Ibamos a buen paso, como si tuviéramos toda la vida por delante; nos sorprendió ver que del edificio del Factor, donde sesionaba la Soberana Convención, sacaban a toda prisa expedientes que se amontonaban en el suelo y se cargaban después en vehículos que, en cuanto estaban llenos, arrancaban a la velocidad que podían.

Comprendimos que el Gobierno de la Convención evacuaba la Ciudad de México y, puesto que nosotros ya éramos convencionistas, nos fuimos a dormir a nuestra escuela unas cuantas horas y a la mañana siguiente —yo sin desayunar siquiera—, jalamos de la cama el sarape, nos echamos al hombro la maleta en que habíamos acomodado nuestro modesto equipaje de campaña y nos fuimos a recibir órdenes al Ministerio de Fomento que, como alumnos antiguos de San Jacinto, nos era ya familiar.

* * *

10. Mencionada ya en el *Anecdotario de San Jacinto*.



Todo el mundo sabía que las fuerzas constitucionalistas que mandaba el General Obregón estaban a las puertas de la Capital y el portero del Ministerio, al no ver entrar a ninguno de los jefes, había optado por cerrar la puerta en espera de que llegara la hora de franqueársela a los nuevos amos de la Capital.

Dando fuertes aldabonazos y patadas, sin embargo, nos hicimos abrir. Después, sin que nadie intentara detenernos, o ponernos obstáculos, nos encaminamos hacia los almacenes de la Dirección Agraria y sacamos —dejando recibo en regla— teodolitos, estadales, cintas y balizas.

Con todo ello a cuestas, caminando a pie por calles desiertas, seguimos por el 5 de Mayo y llegamos a la Plaza de Armas al filo de las 15 horas, a tiempo también de que por la entonces calle del Reloj, se escuchaba un tiroteo y desembocaba por el costado de Palacio un grupo de zapatistas, que todavía con los fusiles en la mano, pero dándole toda la rienda a sus cabalgaduras, desaparecieron en dirección de Tlalpan.[11]

Comprendimos que era necesario obrar con rapidez y abordamos el tren eléctrico que estaba más cerca de la salida. Después de que subimos a él todo nuestro equipaje, alguno de los nuestros se le acercó al motorista, le arrimó la pistola a las costillas y le dijo con voz que no admitía réplica:

—Vámonos a Xochimilco!!!!

A lo que daban los once puntos de aquel tren que fue nuestra salvación, seguimos por la hoy calle del 5 de Febrero sin pararnos sino a inmediaciones de Churubusco, donde una escolta zapatista nos marcó el alto. Un soldado se subió a nuestro tren y confundido por el aspecto de las cajas y tripiés de los teodolitos que llevábamos, lo mismo que por los colorines de las balizas, nos miró con desconfianza y gritó desde la ventanilla:

—Mi General, estos "vales" están muy sospechosos, traen ametralladoras y banderas...

Tuvimos la suerte de que aquel puesto avanzado de las fuerzas convencionistas que se replegaban ya rumbo al Sur estuviera mandado por un exalumno de Ingeniería, que era el ya General Rafael Cal y Mayor.

11. Veterano en decenas de combates, a este episodio, que para nosotros revistió gran importancia; el General Obregón sólo le consagra cinco renglores. Habla por ciento de los disparos que se hicieron cuando él pasaba frente a la Catedral. Metropolitana. Los que nosotros oimos fueron los que disparó un grupo de jinetes contra la vanguardia de la columna constitucionalista.
El General Juan Barragán alude al mismo episodio, diciendo que al dar parte el General Obregón de su entrada a la Ciudad de México, dijo que había tenido lugar sin más novedad que la de algunos disparos hechos contra su columna desde algunos edificios.
Véanse *Ocho Mil Kilómetros en Campaña*. General Alvard Obregón, Librería de la Viuda de Ch. Bouret. México 1917, pág. 308. Véase también la *Historia del Ejército y de la Revolución Constitucionalista*. Juan Barragán Rodríguez, Antigua Librería Robredo.

Varias veces había ido a jugar o a ver jugar beisbol a nuestra escuela, así es que no le costó trabajo identificar a varios de nosotros, ni comprender a lo que íbamos, y qué era lo que contenían las cajas de nuestros instrumentos. Nos felicitó por nuestra decisión de incorporarnos a la causa del Sur, nos dio paso franco y cuando le explicamos que había un tiroteo en el Zócalo cuando salimos, movió la cabeza y nos dijo:

—Con razón, ustedes fueron los últimos que salieron. . .![12]

Mientras se inquiría sobre nuestra identidad y se nos daba vía franca para seguir rumbo a Tlalpan y Xochimilco fuimos testigos, por cierto, de un hecho que nos regocijó hasta cierto punto, pero que nos hizo también medir el proceso de violencia al que quedábamos incorporados. Fue el modo como un pelotón de zapatistas de los que pertenecían a las fuerzas del General Cal y Mayor, le "avanzó", o como quiera llamársele, su caballo, a un joven de aspecto extranjero que invocaba su inmunidad diplomática. Los zapatistas, sin entender el idioma que les hablaba y que a nosotros, a la distancia en que estábamos, tampoco oíamos como para identificarlo, se concretaron a decirle que las "alegaciones" vendrían después, que por lo pronto les entregara la bestia. El albardón, que no les merecía ningún aprecio, lo dejaron sobre la banqueta. . . No tardaríamos en necesitar valernos del mismo procedimiento para allegarnos medios de transporte.

Seguimos en nuestro tren —porque ya lo habíamos hecho nuestro—, hasta Tlalpan, con la intención de ver si conseguíamos algo qué comer, pero, como marchábamos a la retaguardia de 10 o 15 mil hombres, nada encontramos. Parecía más bien como si sobre los puestos desmantelados del mercado, hubiera caído una manga de langosta.

Nos dirigimos entonces rumbo a Xochimilco, donde tampoco encontramos nada que comer, pero, puesto que se escuchaban rumores en el sentido de que los yaquis del General Obregón avanzaban ya sobre nosotros, tomamos la determinación de emprender inmediatamente la marcha con destino a Cuernavaca.

Fui comisionado, junto con algún otro de nuestros compañeros, para irle a pedir "elementos con qué movernos", al jefe de las fuerzas convencionistas que guarnecían de momento el sector de Xochimilco. Era el General Juan Balderas, el famoso "Agachado" Balderas, que había traído en jaque al Gobierno Federal cuando se propuso ser Gobernador

12. El 24 de abril de 1913, en los principios de la dictadura huertista, se descubrió la llamada conspiración estudiantil de Xochimilco. Fueron aprehendidos con ese motivo varios jóvenes, entre ellos, que después tuvieran actuación destacada, Jorge Prieto Laurens de Jurisprudencia y Rafael Cal y Mayor de Ingeniería. Al ser puestos en libertad —el dictador que carecía de escrúpulos, pero no de malicia, no debió querer la enemistad del estudiantado nacional, ni acordar mayor importancia a la confabulación de aquellos jóvenes, aprendices de conspiradores—; Cal y Mayor se fue a incorporar a las fuerzas del Sur, en enero de 1915 ya era General.



Revolucionario de Sinaloa, y que más tarde resultó protagonista de un lance de armas —uno de tantos hechos de armas como entonces hubo—, en el que tuvo que defender su vida cobrando la de un contrario.

Nos recibió en la Presidencia Municipal, donde daba órdenes a varios de sus ayudantes y hablándonos con sencillez nos dijo:

—Si algo de lo que está aquí le sirve, vidrios, por ejemplo, arránquenlos y llévenselos. De lo demás: caballos o muebles, no tengo nada que darles, pero los autorizo a que los busquen donde los encuentren, y a que los tomen. . .

Salimos de allí con las manos vacías, puesto que la autorización verbal del General Balderas no cambiaba nada, pero quiso nuestra buena fortuna que a la sazón pasara junto a nosotros un carro de servicio de limpia de Xochimilco y, ni tardos ni perezosos, le arrimamos la pistola al carretonero, como habíamos hecho antes con el motorista, y lo convencimos de que nos entregara el carro rabón que conducía.

En menos que canta un gallo cargamos nuestros equipajes y nos pusimos en marcha con rumbo a Topilejo. Ibamos de buen humor, cantando. La mula que tiraba del carro, contagiada quizá por nuestra algarabía, trotaba alegremente. Pero pronto llegamos a los arenales y a las cuestas, donde sólo pudimos avanzar gracias a que poniendo garra, prendidos unos de los rayos de las ruedas, empujando otros por la parte trasera del carro, lo hicimos avanzar a vuelta de rueda.

Era media noche, una media noche de enero, con muchas estrellas en el cielo pero con una tierra que rasaba el viento frío del Ajusco, cuando llegamos a San Mateo. Hubo puertas hospitalarias que se abrieron para acomodar a unos cuantos de los nuestros, pero yo fui de los que, probablemente por timidez, tuvimos que conformarnos con hacer rueda debajo del único árbol que adornaba el pequeño atrio de la iglesia del pueblo.[13]

No fue fácil dormir tendidos sobre el suelo raso y apenas arrebujados en nuestros sarapes de la escuela. Se escuchaban a lo lejos, de tiempo en tiempo, disparos de armas de fuego; cerca, el gemir del viento que acentuaba el frío de la madrugada. Nos pusimos en pie como a las cuatro, cuando un grupo de zapatistas, una de tantas "Compañías" como después nos acostumbramos a encontrar por los caminos de Morelos, pasó cerca de nosotros y uno de los que en e la iban comentó:

—"Probes" compañeros, ahí les ganó la fatiga; despiértenlos, no los vayan a agarrar los "carranzas. . ."

Ante aquellas palabras mágicas, nos levantamos tan aprisa como pudimos, guarnecimos nuestra mula, que cada minuto parecía menos capaz

13. Hoy se llega a San Mateo por carretera pavimentada y se miran en el poblado, como en muchos otros del Distrito Federal, hasta casas de tipo urbano que entonces no había. En el atrio del templo tampoco da sombra ya el árbol frondoso bajo cuyo follaje nos acostamos y sí se ven en cambio numerosos e importantes monumentos funerarios. Cuarenta y cinco años no han transcurrido en vano.

de sacarnos del apuro en que nos habíamos metido y nos pusimos a caminar de nuevo, por la vieja carretera de Cuernavaca, con rumbo a Huitzilac.

No encontramos a nadie que nos diera algo qué comer y mi estómago, con cerca de 36 horas de no recibir alimento, me atormentó a poco con unos calambres que, por momentos, me hicieron temer que allí mismo acabaría la aventura para mí. Afortunadamente nuestro compañero Vargas Lugo, a quien apodábamos el "Bello" porque su cara era el reverso de la de Adonis, pero cuya bondad sí le hacía honor al apodo; me socorrió con un providente terrón de azúcar, que me hizo recordar todo lo que nuestros maestros nos habían enseñado de la función glicogénica.

A poco andar llegamos a Dos Caminos. A un lado de la vía vimos tendidos unos heridos. Los llevaban a cualquier hospital de sangre de Cuernavaca, pero la noche anterior los habían desembarcado junto con unos cuantos camilleros —sin doctor ni enfermeros—, porque urgía enviar refuerzos a la línea de fuego.

Sin medicinas, ni cobijas, ni nada que lo valiera; los camilleros, para calentar a los heridos, habían hecho un fuego con la madera de las camillas. El espectáculo era desgarrador, pero a mí me impresionó particularmente uno de los heridos, un oficial, que dirigiéndose a mí me dijo con voz opaca:

—Jovencito, le veo a usted cara de ser buena gente... míreme cómo estoy... tengo en el vientre una herida de las que no perdonan... ¡remáteme de una vez!

* * *

Nos retiramos horrorizados, porque eso era lo primero que veíamos de la Revolución, pero con ello tuvimos para medir, de un golpe, lo que era la lucha en el Sur:

La guerra a muerte de un pueblo en armas, que lo arriesgaba todo, para conseguir: tierra y libertad. Sus enemigos creerían hacer burla de los surianos llamándolos "liebres blancas" y, de hecho, con sus amplios sombreros de palma y sus calzones y camisas de manta, que constituían la indumentaria de sus contingentes armados, las tonalidades dominantes eran blancas. Los sureños no se sentían siquiera a gusto llevando la ropa sucia, o muy sudada. Cuando sentían la necesidad de regresar por unos días a su hogar, para bañarse y mudarse de limpio, para reponer el itacate de gordas y para labrar la tierra —porque en cuanto tomaron posesión de ella empezaron a cultivarla—, el jefe de la "Compañía" se lo decía al General Jefe del Sector y éste, comprensivo, se conformaba con exhortarlos a que regresaran pronto: "para que le dieran otra manita"



Fuera de eso: armas viejas; unos cuantos cargadores de parque, que se disparaban con parsimonia, porque no había modo de reponerlos a menudo; pocas oportunidades de salvarse, si se caía herido de gravedad, por la falta casi absoluta de médicos y medicinas; y la necesidad imperiosa de mantenerse en pie de lucha, avanzando unas veces, emboscándose otras, escabulléndose a menudo, pero siempre con la idea fija de que, en último extremo, había que luchar a la desesperada, porque caer prisionero era ir acto continuo al paredón, o al árbol más próximo, si se era hombre de armas; de leva, o a la cárcel, si se era civil.

Pero para quienes estábamos dentro, salvo cuando el demonio del alcohol entenebrecía los ánimos, o cuando la sospecha de una posible traición endurecía los corazones; manos amigas que por todas partes se tendían y puertas abiertas. Pacíficos no había: cada hombre, cada mujer, cada niño de Morelos habrían de ser, según se ofreciera, escucha, espía, mensajero o guía, que sacara del peligro a los amigos y que arrojara hasta la emboscada al "Gobierno".

Porque esa fue la denominación general con que se conoció en Morelos a todas las fuerzas que combatieron a los defensores del Plan de Ayala:

—¡Ahí viene el Gobierno! Se dijo invariablemente para designar a los soldados federales en tiempos del General Díaz y de Victoriano Huerta; a los rurales que en mala hora mandó don Francisco I. Madero a combatir a los hombres del Sur; y a los carrancistas que en los momentos en que hacíamos la jornada de que me vengo ocupando, empujaban a los zapatistas por las estribaciones del Ajusco.

Nos tocaba vivir en una época y actuar en un bando en el que no había lugar para los neutrales. En cuanto se tenía noticia de que venía "el Gobierno", las familias salían como podían, para buscar refugio en cerros o barrancas. Desde ahí contemplaban las llamas y el humo de sus pueblos incendiados. Los pocos que tuvieron el candor de creer que se respetaría a los no combatientes, pagaron caro su error, porque fueron hechos prisioneros y traídos a México, para ser dados de alta en cualquiera de las corporaciones que se mandahan a combatir a los revolucionarios del norte.[14]

14. Consúltese *The Mexican Herald* del domingo 1o. de marzo de 1914, en el que se dió cuenta de que más de 500 vecinos de la zona de Tepoztlán, Mor., habían sido traídos a la Ciudad de México; también el número del 31 de marzo del mismo año, en que se hablaba de que habían sido traídos a México más de 100 campesinos de la zona del Ajusco; o el del 7 de abril siguiente, en que se informaba que habían llegado a México 200 zapatistas que militaban en las fuerzas del General Genovevo de la O, que serían enviados al norte para combatir a los revolucionarios: o por último, el del domingo 19 de abril, en que se hablaba de 90 "prisioneros zapatistas" llevados a Jojutla y que no eran naturalmente prisioneros capturados con las armas en la mano. De ser así, los hubieran colgado, como el mismo periódico del lunes 20 de abril informó respecto a 17 revolucionarios que fueron sacrificados en Jojutla.

Hubo casos peores. En Tlaltizapán se conmemora todavía, cada 13 de agosto, el aniversario luctuoso de un combate sangriento a raíz del cual el jefe victorioso, irritado por las bajas que su gente había sufrido, ordenó tocar a degüello y dejó que los suyos mataran a más de 300 pacíficos.

*
*  *

Ibamos todos haciéndonos reflexiones que no deben haber sido muy diferentes de las mías cuando, al filo de las 10 de la mañana, llegamos a uno de los suaves lomeríos que dividía la cinta del camino carretero de México a Cuernavaca. Un novillo, probablemente extraviado, se veía pastar y zapatistas que iban cerca de nosotros comenzaron a tirotearlo. Comprendimos que era para comérselo, y como tampoco nosotros habíamos comido, seguros de que no tardarían en herirlo, nos abalanzamos sobre él para recoger también nuestro botín. No nos importaron ni los tiros que zumbaban cerca de nosotros, lo importante era comer y por eso fuimos los primeros que llegamos hasta la res muerta y ayudamos a destazarla. Ahí al lado, prendimos una fogata y nos dimos opíparo almuerzo de carne asada en las brasas, sin sal, pero para nuestro apetito, suculenta.

Reconfortados, seguimos nuestra caminata siempre con la esperanza de que la próxima cumbre sería la última, siempre decepcionados de ver, al tramontar cada cumbre, otra cumbre distinta y aparentemente más alta. Nos pusimos a contarlas, pero pronto nos aburrimos de aquel ejercicio inútil y nos conformamos con tomar aliento, antes de acometer cada pendiente. Junto a la estación Cima, que supusimos sería el límite de nuestra ascensión —sólo lo era para el ferrocarril—, nos entretuvimos buscando entre el polvo botones de uniforme, insignias militares, casquillos quemados del famoso ataque que tanto dio de que hablar en los periódicos de la época y en el cual, el 20 de julio de 1912, fuerzas de los Generales de la O y Pacheco aniquilaron la escolta del tren.[15]

Ya al anochecer, llegamos a Huitzilac. En nuestros recuerdos, ese nombre evocaba noticias de primera plana que habían publicado los periódicos de la Ciudad de México, en abril de 1912, cuando los zapatistas habían ocupado el pueblo a sangre y fuego y los federales, para recuperarlos, hicieron costoso despliegue de fuerza y lo cañonearon, destruyendo las modestas casas en la forma despiadada que ahora veíamos de cerca.[16]

Nos apersonamos con el jefe de las armas, un Coronel de las fuerzas

15. *Emiliano Zapata y el Agrarismo en México*, Gral Gildardo Magaña, Tomo II, Editorial Ruta, México, pág. 195
16. *Ibid*



del General Genovevo de la O y éste nos dio una casa techada —aunque sin puertas ni ventanas—, donde nos acomodamos, rebaño fatigado, para dormir como benditos. Nuestro equipaje y nuestro equipo de trabajo, los pusimos en la iglesia que estaba contigua y el Coronel nombro un centinela de vista que los resguardara.

Fue una precaución salvadora para nosotros, pero que estuvo a punto de ser mortal para nuestro compañero Leonel Lemus quien, a diferencia de nosotros, en lugar de ir a cenar café negro y tortillas —que fue todo lo que encontramos—, bien envuelto en su sarape —como justificaba la frialdad de la noche—, se fue en cuerpo gentil.

La tragedia estuvo a punto de ocurrir cuando Lemus regresó por su cobija y se encontró con la oposición del centinela. A nuestro compañero le pareció fácil desarmar al zapatista y, ágil y robusto, como éramos todos nosotros en aquellos años, ni tardo ni perezoso, se le acercó, le dio un "cate", le quitó el máuser y agarró su sarape.

El centinela salió corriendo y Lemus aprovechó el momento para recargar el máuser en el puesto del centinela e irse a dormir revuelto entre nosotros. A poco llegó el Coronel echando sapos y culebras y seguido por el centinela, que identificó fácilmente a Lemus. Este fue entonces llevado a un calabozo, mientras que el Coronel profería amenazas asegurando que desarmar a un centinela era delito militar muy grave, que Lemus lo pagaría a la madrugada siguiente en el paredón de ejecución.

Afortunadamente, con el filo de la madrugada el centinela de vista comenzó a doblegarse al peso del sueño y en uno de sus parpadeos, Lemus salió corriendo y se perdió de vista para no incorporarse con nosotros sino en Cuernavaca, al anochecer del mismo día.

El episodio sirvió de todas maneras para que tomáramos una lección de humildad que mucho habría de servirnos: la de que aunque por nuestra condición social y por nuestra preparación intelectual nos sintiéramos superiores a los guerrilleros en cuyos dominios estábamos; ellos, y no nosotros, eran los que mandaban y su victoria militar sobre la dictadura huertista, los hacía levantiscos y puntillosos.

Sus reacciones serían pues a menudo —como explicó después Ortega y Gasset en 1930—, las de la masa indócil frente a minorías a las que no se respeta, ni se obedece, ni se quiere seguir sino que, por el contrario, se aspira a suplantar. Para que se nos diera el lugar que apetecíamos y para que nuestro trabajo fuera provechoso, tendríamos antes que dar prendas de nuestra buena fe y ganar la confianza de los campesinos morelenses a quienes nos disponíamos a servir.

*
*  *

De madrugada, guarnicionamos por segunda vez la mula benemérita con que hacíamos nuestro camino, la pegamos al carromato y nos

proveímos de troncos de árbol que los expertos de Huitzilac nos asegu raron que necesitaríamos para ponerle retrancas al carro, en el precipitado descenso que llevaba hasta Cuernavaca. Fue un ejercicio algo peligroso, pero sumamente entretenido. La dulzura del clima y la maravillosa perspectiva del valle de Cuernavaca, nos alegraban el corazón.

Antes de las 12 del día pasamos frente a la Ermita y, adentrándonos por una de las dos calles principales de la Capital de Morelos, la que se llama a la fecha Calle Matamoros, buscamos dos cuartos que sin dificultad se nos rentaron y nos instalamos en ellos, como si estuviéramos en uno de los dormitorios de nuestra escuela. Nos faltaban camas, naturalmente, pero las sustituímos con petates y suaderos de cáscara de coco.

Había llegado la hora de comer y apetito no nos faltaba, así es que, ni tardos ni perezosos, nos metimos al Hotel Moctezuma, que todavía existe hasta nuestros días, con su misma fachada de tabique rojo, sólo que con distinto nombre, y pasamos al comedor.

En una mesa próxima, rodeados de jefes y oficiales de su Estadc Mayor, comía también el General Roque González Garza, Presidente de la Soberana Convención. Vestía el uniforme de caqui que era característico de los guerrilleros norteños pero no llevaba ni águilas ni insignias. En vez de banda tricolor terciada al pecho, como único emblema de su investidura, llevaba un pañuelo paliacate anudado al cuello.

Fue por cierto la única vez que entramos a comer a ese restaurante. Desde esa misma noche, nos fuimos a cenar a las fondas del rumbo del mercado, que eran las que estaban al nivel de los modestos viáticos que cobrábamos.

* * *

Toda la tarde descansamos a placer y, como nuestra capacidad de recuperación era grande, a pesar de los 67 kilómetros que habíamos caminado,[17] no tardamos en sentirnos como nuevos. En la noche oímos que en la plaza próxima tocaba una banda de música, nos hicimos la ilusión de que había serenata, nos sentimos de vacaciones, como en nuestra provincia natal y, después de que algunos de nosotros —los menos prudentes de nosotros, según se verá después—, se emperifollaron como mejor pudieron, salimos todos con la esperanza de conocer a las jóvenes en edad y estado de merecer que hubiera en Cuernavaca.

Pronto nos dimos cuenta de lo que, en cuanto a elemento femenino, habían hecho en Morelos casi cinco años de lucha armada y medios de represión como los que implantara el General Juvencio Robles: muchachas, en el sentido que nosotros pudiéramos darle a esta palabra, no había. Las que alguna vez hubo, habían sido raptadas en cualquier asalto o sus padres, previsoramente, se habían anticipado a mandarlas a lugar seguro. Para nosotros no cabía más esperanza que la de ejercer un sacerdocio laico o, en contadas ocasiones —un mal recuerdo al que habré de volver más tarde— el peligro de frecuentaciones pecaminosas en las que corríamos el riesgo de que nos pegaran un tiro, o de que nos contagiaran cualquier mal secreto. Clima insalubre, de todas maneras, para jóvenes estudiantes que habíamos vivido como en una campana de cristal y a quienes se les revelaba de pronto, como cuando se descorre un telón, en su episodio más dramatico, el escenario de la Revolución Mexicana.

A decir verdad, aquella noche no sólo descubrimos que en Cuernavaca no había mujeres para nosotros, descubrimos también que nos harían desaparecer si no acordábamos nuestros gestos y nuestra indumentaria —ésta sobre todo— a lo que era de rigor en el Sur.

El conejo de Indias que sirvió para que hiciéramos ese duro aprendizaje, fue nuestro compañero Alfonso Cruz, que guiado por no se qué diabólica inspiración, se vistió de "catrín" para salir a pasear aquella noche y se puso hasta cuello duro y corbata de palomita.

Verlo así un grupo de zapatistas y decir que era un "reaccionario" a quien había que "quebrar", fue todo uno. Notarlo Cruz y salir corriendo obra de segundos. Los zapatistas, naturalmente, echaron a correr tras él y Cruz, al pasar por la plaza cerca de una banca en la que estaban sentados, hasta donde recuerdo, Francisco Cabanillas, Octavio Solís y Fidel Velázquez, ya medio sofocado por la carrera, alcanzó a gritar:

— ¡Auxilio, me persiguen para matarme!

Cuatro o cinco zapatistas venían en efecto corriendo detrás de Cruz, no tan velozmente como Cruz, que llevaba alas en los pies, pero sí lo bastante como para poder hacer blanco en él con sus máuseres en cuanto salieran de la plaza que estaba llena de gente.

Lo salvó la entereza de Cabanillas, que rápidamente echó mano a una pistola que llevaba Solís a la cintura y le hizo frente a los zapatistas, mandándoles que se pararan y preguntándoles lo que querían. Su actitud varonil y decidida, su lenguaje que no era de corbata de palomita, impresionaron hasta el punto de que una sola pistola detuvo a cinco hombres que llevaban arma larga y que se contentaron con decir:

—Ahora verán, vamos por la Compañía!

Nosotros, por supuesto, corrimos la voz de que era necesario que nos reconcentráramos en nuestros dos cuartos de la Calle Matamoros. Aun dentro de ellos, juzgamos prudente atrancar las puertas. No volveríamos a ver la nuestra, lo que se llama ver la nuestra, hasta que regresáramos a México.

17. *Cuadro Geográfico, Estadístico, Descriptivo e Histórico.* Antonio García Cubas, México, 1884.

*
* *

Era el día 30 de enero de aquel año de 1915 y al filo de las nueve de la mañana, cuando nos presentamos a las flamantes oficinas de la Secretaría de Agricultura de la Convención, establecidas en la planta baja del ala izquierda del Palacio de Cortés, que era la que daba a la calle por la que salía el viejo camino de Yautepec y que se encuentra hasta la fecha debajo de la modesta construcción circular —llamarla torreón sería hacerle mucho honor— levantada probablemente a fines del Siglo XIX —porque Cortés no la puso— para instalar los aparatos de la estación termopluviométrica.

Nos encontramos con otros compañeros que habían salido de la Capital en grupos distintos del nuestro, e hicimos el doloroso recuento. Los inscritos en las listas que sirvieron de base para extender nuestros nombramientos, habíamos sido 96, de ellos sólo estábamos en Morelos 41. Varios de los faltantes habían tenido la oportunidad de salir antes a la Comisión Agraria del Estado de Chihuahua, o se habían sumado a los contingentes constitucionalistas; otros no habían encontrado manera de salir, o a última hora, se habían arrepentido de la aventura. Y teníamos que lamentar nuestra primera baja: el compañero Enrique Ursúa, un joven sencillo, hijo de auténticos rancheros del Estado de Jalisco, a quien sus compañeros de antigüedad apodaron "Huehuetoca" subrayando su rusticidad.

No tenía nombramiento para ninguna de las Comisiones, pero quiso a toda costa irse con nosotros y, en la confusión de la evacuación, se agregó a un grupo de compañeros nuestros que, menos afortunados que nosotros, tuvieron que llegar a pie hasta las estribaciones del Ajusco, remontando el lomerío de Contreras. Los tiroteaba de lejos una avanzada carrancistas. Tan lejos, que nadie temía que hicieran blanco en cualquiera de los que escapaban. Corrían a paso gimnástico y estaban a doscientos o trescientos metros quienes disparaban. Ursúa, sin embargo, se encontraba a menos de un dedo de la muerte. Una bala de máuser que llevaba seguramente escrito su nombre, le atravesó el cerebro. Fue para él el trágico fin de la aventura que buscaba, y el dramático término de sus días.

Se procedió a pasar lista y resultó que faltaban varios de los viejos ingenieros que habían sido elegidos para jefaturarnos, entre ellos, el que había sido nombrado Jefe de la Comisión Agraria de Yautepec. Fue habilitado provisionalmente para que lo substituyera, nuestro compañero Francisco García Robledo, que iba inicialmente como Subjefe de ella. Iguales medidas se tomaron para substituir a otros de los faltantes.

Se hizo también recuento de nuestro equipo topográfico y se vino en cuenta de que en San Mateo, con la precipitación de la salida, empu-



jados por el amenazador: "¡Ahí vienen los carranzas!"; algunos de los nuestros habían dejado en la casa donde durmieron, uno de los teodolitos. Alguien de los que ponían orden en los asuntos de las Comisiones Agrarias, por encargo del General Palafox, pidió voluntarios que quisieran regresar, casi en la línea de fuego, por el teodolito olvidado y yo tuve la ocurrencia de ofrecerme a ir. También lo hicieron Alberto García Teruel y Bartolomé Vargas Lugo. Integrada así la Comisión, se nos proveyó de un oficio muy en regla, que nos autorizaba a usar todos los medios de transporte que hubiera disponibles y a solicitar cualquier auxilio de que hubiéramos menester.

Bien armados, cuando menos de papeles, nos fuimos a la estación de ferrocarril y abordamos el primer tren que salió con rumbo al Distrito Federal. Resultó ser el tren militar del General Genovevo de la O, cuyas fuerzas iban a reforzar la línea de defensa de la Convención. En Tres Marías nos detuvimos, a las 22 o a las 23 horas..Soplaba un viento frío que quemaba la cara y parecía como que cortaba los huesos. Para desentumirnos, bajamos del caboose en que nos habíamos acomodado, amablemente acogidos por una coronela que nos tomó bajo su resguardo, supongo que sólo porque nuestra juventud despertó en ella sus instintos maternales y nos acercamos a tomar café en uno de los puestos que se alineaban paralelamente a las vías del ferrocarril.

Como quiera que pasara el tiempo sin que el convoy reanudara su marcha, viendo además que en el andén se formaba un grupo en el que parecía discutirse animadamente, nos aproximamos y descubrimos que la figura entral era la del mismo General de la O, a quien rodeaban varios de sus subalternos. Casi al mismo tiempo, vimos que llegaba conducido por una escolta, un hombre que, por el tono del diálogo que entabló con el General de la O, supimos en seguida que era el maquinista del tren.

Los acontecimientos se sucedieron con tanta celeridad, que apenas si tuvimos tiempo de seguirlos. Sin embargo, se nos quedaron grabados indeleblemente en la memoria y todavía en este momento, a punto de narrarlos, parece como si los estuviera viviendo:

—¿Qué pasa "vale", por qué no salimos?

Preguntó el General de la O, a quien sus gentes llamaban también familiarmente "el de la letra grande".

—Porque se murió la máquina— contestó candorosamente el maquinista, sin imaginarse probablemente que sus palabras firmaban su sentencia de muerte porque, con la celeridad del relámpago, sin darle siquiera tiempo de hacer el menor movimiento, el General de la O echó mano a la pistola y disparó sobre él a tiempo que le decía:

—Así te vas a morir tú también, "vale"!!!!

Después, como si aquella medida de justicia sumaria careciera de la menor importancia, el General de la O se alejó un poco, unos cuantos pasos nada más, del sitio en que estaba tendido el maquinista, bajo

cuya cabeza comenzaba a formar charco la sangre y le dijo al jefe de la escolta que había llevado al preso hasta su presencia:

—¡Que venga el fogonero!

Cuando llegó éste, el General de la O le dijo a tiempo que lo miraba fijamente a los ojos:

—Mira lo que le pasó a ese "vale" que dejó morir la máquina... ¿En cuánto tiempo la tienes lista para que salgamos?

—En media hora, mi General, —contestó el fogonero sin que en su rostro se notara siquiera ningún signo de temor.

—En media hora, pues —terminó el General de la O.

Al llegar a Dos Caminos, pedimos parada y seguimos a pie, cuesta abajo, rumbo a San Mateo. Encontramos mucho movimiento de fuerzas y vimos signos claros de que la línea de fuego no estaba distante, pero no percibimos la nerviosidad que habíamos captado el día de la evacuación. Ya no se temía que las fuerzas del General Obregón se propusieran aplastar el símbolo de la legalidad del grupo Zapato-Villista que era la Soberana Convención, tramontando el Ajusco para atacar Cuernavaca. Se sabía que los yaquis habían cavado "loberas" y tendido una línea de protección contra cualquier ataque a la Capital que intentaran los nuestros, pero que estaban más bien a la defensiva. Los nuestros eran los que hacían de tiempo en tiempo ataques de sorpresa, descendiendo desde Topilejo, o desde Milpa Alta, para hacer demostraciones frente a Xochimilco y para dañar la planta de bombas, poniendo en peligro el abastecimiento de agua de la capital.

Pero nosotros íbamos a otra cosa, así es que lo primero que procuramos fue desempeñar nuestra comisión. Para ello nos presentamos en la casa donde había sido olvidado nuestro teodolito, lo recogimos —porque nadie había puesto la mano en él—, y dormimos un buen rato, reconfortados con el fuego que ardía en la chimenea.

A la mañana siguiente, desanduvimos lo caminado y abordamos nuestro tren, no sin antes dar gracias a la omnipotencia de nuestra carta. En cuanto llegamos a Cuernavaca y recibimos las felicitaciones de los jefes, nuestros compañeros nos dijeron que mientras estábamos fuera se había suscitado el problema que representaba el costo de la vida y se había decidido aumentar el monto de nuestros viáticos de 3 a 4 pesos diarios, pagaderos en papel moneda de la Convención.

No era mucho dinero, si se tiene en cuenta que el papel moneda comenzaba a devaluarse. Sin embargo, el proceso devaluatorio fue muy lento, inexplicablemente lento, según entendemos hoy de estas cosas, porque a mediados de 1914, ya con el gobierno huertista en bancarrota, con los bancos de emisión lanzando al mercado billetes que no eran convertibles en moneda metálica, o en dólares, y con la perspectiva de que la revolución triunfara, el cambio no estaba más que a $2.95 pesos por dólar y en Cuernavaca, a principios de 1915, la situación era bastante parecida. Circulaban, inclusive al mismo tiempo, y a la par, billetes de los antiguos bancos de emisión, bonos Carvajal, billetes villistas, de los de dos caritas, billetes de la Convención de los que se llamaban revalidados y se encontraban inclusive, si se pagaba premio por ellos —en Morelos y en la plena revolución no regía casi ninguna ley, pero seguía en vigor la ley Gresham—, buenos pesos zapatistas de los que habían sido acuñados o fundidos con plata de las minas de Campo Morado, en la que se aseguraba que había ley de oro.



Sólo que estas digresiones monetarias están un poco fuera de sitio. Lo que interesa recordar es que con cuatro pesos diarios nos acomodamos para comer relativamente bien, para comer lo que hubo, aunque, por desgracia, sólo mientras lo hubo.[18]

Pero no saltaré otra vez las hojas de calendario narrando aquí las escaseces que pasamos a fines de 1915, cuando los carrancistas apretaron el cerco que fueron tendiendo poco a poco alrededor del Estado de Morelos y comenzamos a contemplar el fin de nuestra resistencia organizada, o de nuestra organización como gobierno. Por lo pronto, había que comprar, y aquellos cuatro pesos de viáticos, sumados con los tres pesos diarios de nuestro sueldo, nos permitían vivir. Pudimos inclusive ir guardando unos cuantos billetes de banco, que nos fueron preciosos al llegar la hora final de la desbandada.

*
* *

Los días siguientes, mientras que nuestros jefes se organizaban ellos mismos y acababan de resolver sobre como agruparnos y donde mandarnos; tuvimos ocasión de "turistear" por los alrededores de Cuernavaca y de asistir, con regularidad, desde la galería, pero sin perder una sola palabra de los torrentes de oratoria que desde la tribuna se vaciaban a las sesiones de la Soberana Convención. Pudimos darnos cuenta, a pesar de nuestra inexperiencia política, de que se hacía cada vez más ancha y más profunda la brecha que separaba a los norteños de los surianos, de que unos y otros se veían con recelo; de que no podía durar aquella alianza que dependía de que los villistas aceptaran subordinarse ideológicamente al Plan de Ayala, siendo en todo lo demás el brazo armado que conquistara, en los campos de batalla, las victorias que le dieran el triunfo a nuestra causa.

Sólo que estos nubarrones que nosotros veíamos formarse en el horizonte tardarían todavía algunos meses antes de que se obscurecieran y se descargaran sobre nuestras cabezas. Por lo pronto, nos informába-

18. Charles Macomb Flandreau, el autor de *Viva México*, vivió en Cuernavaca —una de las pequeñas ciudades más lindas de la tierra, como dijo en 1910—, en un buen hotel pagando por cuarto y comida $6.00 diarios. Con $4.00 diarios, en 1915, todavía se podía vivir.

mos de lo que pasaba con Ezequiel Catalán, el único compañero nuestro que tenía el honor de tomar parte en la "Soberana"[19] y nos dábamos tales atracones de procedimiento parlamentario, que acabamos por indigestarnos. Haciendo una extraña mezcolanza de las etiquetas verbales de que se servían los secretarios, recuerdo todavía que una mañana, el "Indio Flores" —Octavio Flores, muerto a balazos, trágicamente, años después—, habiéndose quedado dormido, cuando ya casi todos nosotros estábamos de pie, nos hizo reír a carcajadas porque, soñándose Secretario de la Convención y en trance de darle el trámite de rigor a la correspondencia que aparentemente despachaba, repetía una y otra vez:

—Al archivo con satisfacción!!!! Al archivo con satisfacción!

Esa era, palabra más palabra menos, la etiqueta que convenía para definir nuestro estado de ánimo. Nos habíamos lanzado a la aventura revolucionaria con todo el entusiasmo y con toda la sinceridad que eran propios de la juventud. Nuestra moral corría parejas con nuestra edad. Los contratiempos y los peligros con los que desde el primer día habíamos tropezado y los que tuvimos que sufrir y vencer después, de momento, como el "Indio" Flores decía, los mandábamos: al archivo con satisfacción!

19. Tratado ya en el *Anecdotario de San Jacinto*. Marte R. Gómez, México, 1958.



## II

## LOS TRABAJOS QUE HICIMOS

Los años, que mientras más pasan, más borrosos hacen los rostros y más desvanecen los hechos —aunque hayan sido de los que mayor significación tengan en nuestra vida—, me dejan desarmado al momento de querer dar a conocer la nómina de todos los que formamos parte de las Comisiones Agrarias del Sur. Ni siquiera atino con la lista completa de los compañeros míos, alumnos de la Escuela Nacional de Agricultura, que ingresamos a trabajar en ellas. He tratado de aliviar este desfallecimiento de mi memoria, apuntalándola con la de otros compañeros, pero resulta que a ellos les ha sucedido más o menos lo mismo que a mí. A reserva de que colaboradores inesperados —si mi buena fortuna me los depara—, me proporcionen datos que me ayuden a establecer una nómina más exacta, consigno aquí la que he podido formar ayudándome: con mis recuerdos personales; con las listas que guardaba en su archivo el General Manuel Palafox, Secretario de Agricultura del Gobierno de la Convención; con las que me han proporcionado el señor Porfirio Palacios —Secretario General del Frente Zapatista de la República—, y algunos de los compañeros que actuaron en Morelos, en 1915, y con la que publicó el periódico *El Campesino*, órgano del Frente Zapatista de la República.[1]

Hasta donde yo sepa, sólo en el semanario *Revista de Revistas*, se dio a conocer el nombramiento de las Comisiones Agrarias del Sur, junto con la nómina de quienes habíamos sido designados para formar parte de ellas. El gobierno, se decía, ha nombrado comisiones que estarán encargadas de deslindar y repartir terrenos en los Estados de Morelos, Guerrero, Puebla, México y Distrito Federal.[2]

Supongo que la noticia la llevó al periódico nuestro compañero Al-

1. *El Campesino*, núm. 101, Julio de 1958.
2. *Revista de Revistas*, núm. 249, Domingo 17 de enero de 1915.

fonso Cruz, que era quien más resueltamente actuaba en este asunto y el que mejores accesos tenía para llegar hasta el despacho del Ministro de Agricultura. Digo lo anterior, sólo por la circunstancia de que en la lista únicamente se dieron a conocer los nombres de los alumnos de la Escuela Nacional de Agricultura que acababámos de ser nombrados. También porque Cruz omitió su nombre, supongo que porque se sabía destinado a un puesto más importante, como en realidad tuvo a la postre, como Jefe de una de las Comisiones.

Pero esto es anticiparse un poco a los acontecimientos. Por lo pronto básteme con decir que los alumnos de la Escuela Nacional de Agricultura inicialmente nombrados para integrar las Comisiones Agrarias del Sur fueron 95.[3] De ellos, a los distritos del Estado de Morelos habíamos sido asignados 23. En el anexo 1 explico quiénes se incorporaron a otros grupos y actuaron de todas maneras en la revolución armada o agraria. Debo agregar todavía que fueron numerosos los alumnos de la Escuela Nacional de Agricultura que sin estar designados para actuar en el Estado de Morelos, evacuaron la Ciudad de México con el Gobierno de la Convención y se presentaron a recibir órdenes de su Ministerio de Agricultura. Por eso, habiendo sido 23 los nombrados para formar parte de las Comisiones Agrarias de Morelos, a pesar de que a última hora no se presentaron cinco de ellos, quienes nos congregamos en Cuernavaca fuimos 41.[4]

Para que se tenga idea de los estragos que la lucha armada o las condiciones creadas por ésta —de seguridad personal o de salubridad—, determinaron en aquel pelotón de jóvenes estudiantes, básteme decir que del total de 41 alumnos de San Jacinto que fuimos a Morelos, 18 han pasado ya a mejor vida. Un pavoroso 43% que no augura nada bueno, por cierto, para los afortunados supervivientes, entre los que aún me encuentro.

Fueron jefes nuestros, varios personajes distinguidos pero, en primerísimo lugar, el Ministro de Agricultura del Gobierno de la Convención, General Manuel Palafox, amigo personal y colaborador del General Emiliano Zapata y animador de nuestras actividades. El ascendiente que en materia agraria llegó a tener lo demuestra un testimonio irrecusable: el de los señores Licenciado Luis Cabrera, General Antonio I. Villarreal y Periodista Juan Sarabia, que por encargo de Don Venustiano Carranza se trasladaron a Morelos, en agosto de 1914, para ver si convencían al caudillo del sur de que se sumara al constitucionalismo y reconociera a Don Venustiano Carranza como Primer Jefe de la Revolución.

Hubo muchos resentimientos que hicieron imposible ese arreglo y mediaron también, casi seguramente, contactos personales que apuntaron la posibilidad de que se formara una alianza contra la primera jefatura, como a la postre se pactó, pero no es eso lo que trataremos de analizar aquí. Nos conformamos con recordar que en el informe que rindieron de su gestión, los comisionados de Don Venustiano expresaron con claridad que entre las opiniones que Zapata escuchaba más en materia agraria, y que terminaron por pedir no que Zapata, mediante ciertas concesiones, se adhiriera al Plan de Guadalupe, sino que Carranza se adhiriera al Plan de Ayala; las que más pesaban eran las de los Generales Palafox y Serratos.[5]

Hago justicia a su obra y a su memoria, consignando aquí que fue alma de las Comisiones Agrarias del Sur puesto que tuvo la idea y la voluntad de organizarlas y que las puso a trabajar obedeciendo órdenes del General Zapata, seguramente, pero secundándolo con inteligencia y entusiasmo.

Con nosotros fue extremadamente cordial en todo lo que tuvimos que someterle, si bien es cierto que, a partir de una fecha que no me sería dable determinar dejó por algún tiempo de tratar con nosotros y todo lo relativo a nuestro trabajo se encarriló por conducto de nuestros jefes directos y aún casi puede decirse que por el sólo conducto del Ingeniero Don Ignacio Díaz Soto y Gama, sobre cuyos merecimientos profesionales y autoridad moral, ya tuve ocasión de hablar.

Pero aquí diré todavía que fue él quien le dio orientación y reciedumbre a nuestros trabajos topográficos. Organizó las comisiones, les señaló normas de operación, fijó reglamentos sobre la manera como se deberían hacer los trabajos, anotarse los registros, calcularse y construirse los planos. Recuerdo todavía que una vez fui a Cuernavaca para cualquiera de nuestras visitas periódicas y me sorprendió verlo enfrascado en la preparación de unas gráficas de conversión al horizonte que substituyeran el uso de los cálculos a que debíamos entregarnos con las Tablas de Líneas Naturales y que abreviaran nuestras labores de gabinete, partiendo de lecturas de estadía que teníamos que hacer sobre un terreno casi siempre accidentado.

Por cuanto al General Palafox, a quien aparentemente había dejado ya fuera de mi relato, permítaseme agregar todavía que su distanciamiento de nosotros pudo obedecer a que por razones de alta política, que nunca trascendieron hasta nosotros, la Soberana Convención acordó separarlo del Ministerio de Agricultura en los últimos días de abril de 1915. El se inclinó ante esta decisión, aunque no sin publicar —el 4 de mayo—, una carta aclaratoria sobre su conducta.[6]

Al tomar posesión de la Presidencia de la Convención el Licenciado Francisco Lagos Cházaro, que había sido Gobernador Maderista de

3. Véase anexo número 1.
4. Véase anexo número 2.
5. *Emiliano Zapata y el Agrarismo en México,* Gildardo Magaña, Editorial Ruta, México 1951.
6. *Revista de Revistas*, núm. 263, Domingo 9 de mayo de 1915.

Veracruz y revolucionario villista —dirigió en Chihuahua el periódico *Vida Nueva* y fue hasta la Convención de Aguascalientes como Secretario Particular del General Roque González Garza— supimos también que había reorganizado su Gabinete y nombrado Secretario de Agricultura a un señor Alberto Piña cuya cara nunca vimos y de cuya actividad oficial no llegó hasta nosotros la menor evidencia.[7]

En cambio, del General Palafox sí supimos que regresó a incorporarse con el General Zapata, asumiendo una vez más el cargo de Secretario de Agricultura —en este mismo relato dejamos constancia de ello—; por mucho que en determinado momento fatigado de la lucha, u hostigado por sus mismos jefes y compañeros —las explicaciones que de ello se me han dado las pongo aparte, deliberadamente, porque no quiero sino reconocer sus méritos—, lo hicieran que dejara la causa del sur, aunque, por lo que varias veces me dijo, sin dejar de reconocer su grandeza. Por mi parte cultivé siempre su amistad y charlé con él cada vez que se presentó la oportunidad de hacerlo. En sus últimos años, creo que fuí uno de sus pocos amigos.

Murió el sábado 25 de abril de 1959 y fue sepultado en el Panteón Jardín el domingo 26. Falleció a la edad de 73 años, víctima de una trombosis intestinal que le acarreó la gangrena de una de las asas del intestino. De lo anterior se desprende que, aunque en 1915 a nosotros nos parecía hombre de mucha autoridad y ya maduro, en realidad cuando desempeñó la cartera de Agricultura en el Gobierno de la Convención, sólo tenía escasos 29 años. De su vida y de su obra hablé mientras lo velábamos en las Capillas Gayosso de la Calle Sullivan, con los contados dolientes que nos congregamos en esa ocasión.

Menciono en segundo lugar, entre los políticos, por la significación nacional que cobró más tarde, a Felipe Carrillo Puerto —caudillo de la revolución yucateca inmolado sin provecho para nadie en uno de los episodios menos airosos de la sublevación delahuertista— que en 1915 era Representante Agrario de la Comisión Agraria del Distrito de Cuautla.

Mencino en tercer lugar al Licenciado Antonio Díaz Soto y Gama, que no tenía puesto fijo —hasta donde nosotros supimos—, pero que merecía toda la confianza del General Zapata y se desplazaba continuamente viendo cómo trabajaban las Comisiones Agrarias. Lo traté bastante, durante toda su generosa y valiente actuación al frente del Partido Nacional Agrarista, pero mientras estuvo en Morelos, sólo lo saludé una vez, en Yautepec. Llegó a visitarnos y supóngo que recorría todo el Estado averiguando qué tan bien trabajaban las distintas Comisiones Agrarias. A Gaspar Garza Lara y a mí nos encontró calculando un polígono y le intrigó mucho la laboriosidad de las operaciones matemáticas —desde aritmética hasta trigonometría— en que teníamos que enfrascarnos.

7. *Hoy*, núm. 1056, Mayo 18 de 1957.



En uno de los respiros se dirigió a mí y me preguntó qué hacíamos después de trabajar. Le dije que no podíamos hacer más que leer y le enseñé lo que leía: *Paroles d'un Revolté* de Kropotkine. Me recomendó que leyera con el mayor interés el capítulo en que se explica el espíritu de la revolución, es decir, el modo cómo en la vida de las sociedades, hay épocas en que la revolución se hace indispensable y se impone. Ojalá —pienso hoy— que nuestra Patria nunca más tenga necesidad de llegar a ese terrible holocausto.

Nunca quiso ocupar puesto de importancia. Al tomar posesión de la Secretaría de Agricultura del Gobierno de la Convención, el General Manuel Palafox apenas si lo nombró su Abogado Consultor.[8] Cuando el Licenciado Francisco Lagos Cházaro reorganizó el Gobierno de la Convención lo nombró Ministro de Justicia, pero nada más se aguantó unos cuantos días.[9]

Prefirió tomar parte activa en las sesiones tormentosas de la Convención y ser dentro de ella uno de los más vehementes sostenedores de los postulados avanzados y de las teorías más heterodoxas, hasta conseguir que en la Sesión del 21 de agosto de 1914, varios convencionistas de uno y otro grupo abandonaran el salón de sesiones. Eso después de que en Aguscalientes hizo que salieran a relucir las pistolas, negándole categoría al símbolo de nuestro emblema patrio, para quitarle así significación a la firma que los convencionistas habían estampado sobre ella, después de que el General Felipe Angeles lo había convencido —inflamable y vehemente como siempre fue—, de que aquella no había sido sino una trampa puesta para que los villistas se subordinaran a la mayoría carrancista.[10]

Seguir en la barricada del Parlamento, quiso también decir para él, para Soto y Gama, formar parte del Comité de Salud Pública —cómo no había de tenerse presente en aquellos momentos a la Revolución Francesa—,[11] que la Convención organizó para velar por la pureza de todos los que actuaran dentro de la revolución y para enjuiciar a tránsfugas y claudicantes.

Cuando, al triunfo del Plan de Agua Prieta, a los zapatistas les fueron reconocidos sus méritos y abiertas las puertas del servicio público, no por eso varió la actitud del Licenciado Soto y Gama. Alguna vez festejó con grandes ademanes y risas sonoras —ante Don Ramón P. Denegri y un grupo de empleados de la Secretaría de Agricultura que estábamos a la sazón en el despacho del Ministro—. que el Presidente de la República, importante, algo así como una Oficialía Mayor, o quizá hasta una Subsecretaría y que él lo había rechazado diciéndole:

8. *Revista de Revistas*, No. 248. —Domingo 10 de enero de 1914.
9. *Revista de Revistas*, No. 269. —Domingo 20 de junio de 1915.
10. *Emiliano Zapata y el Agrarismo en México*. —Gral. Gildardo Magaña—. Editorial Ruta. —1952—. Tomo V.
11. *Revista de Revistas*, No. 271. —Domingo 4 de julio de 1915.

—Por favor, General, no cometa usted semejante equivocación para juzgar de mis méritos. Yo no soy un hombre de oficina que pueda sentarse detrás de un escritorio a estudiar expedientes y a resolver problemas administrativos; soy un demoledor, propio nada más para luchar en las barricadas, y en la Tribuna del Parlamento . . .

Con lo que arriba dejo dicho me parece más que suficiente para exordio. Entro en materia, pues, explicando simplemente que para el desempeño de todos los trabajos —técnicos, legales y sociales—, que nos incumbían, nuestro Jefe designó hasta 35 ingenieros civiles u hombres de ideas avanzadas, identificados con los problemas sociales de México y deseosos de ayudar a resolverlos.[12] De ellos, hasta donde yo haya podido averiguar, 24 pasaron ya a mejor vida. Un pavoroso 68%. También nombró a 4 ingenieros agrónomos contemporáneos de nuestros maestros, todos ellos desaparecidos ya.[13]

No tengo espacio para ocuparme con la misma amplitud de todos ellos. Algunos, hasta tuvieron con posterioridad una vida oscura y no dejaron ninguna huella. Técnicamente, nuestros jefes eran todos ingenieros distinguidos. De mis compañeros, los que no murieron jóvenes, hicieron de su ejercicio profesional un apostolado, porque casi todos ellos siguieron en la brecha de la Reforma Agraria. Con sólo nombrarlos aquí, los incluyo en una lista de honor. Aunque debo decir que, preocupado por evitar omisiones más que por eludir confusiones y anacronismos, en las listas que he formado[14] he puesto a todos los que trabajaron en cada una de las comisiones —cuyos nombres y ubicación localicé—, independientemente a veces, de que hayan pasado de una a otra comisión, de que hayan dejado de formar parte de cualquiera de ellas, o de que no hayan regresado en el momento de la gran reorganización, que fue cuando, triunfantes aparentemente los convencionistas, entramos a la Ciudad de México, en abril de 1915.

*
* *

Hechas las asignaciones de comisión y distribuido el equipo de trabajo, no muy numeroso, ni moderno, que habíamos podido sacar entre las angustias de la evacuación, nuestros jefes nos dieron órdenes para que nos fuéramos al desempeño de nuestras comisiones. Salvo los que se quedaban en Cuernavaca, todos los demás conseguimos recuas de mulas que cargaran los equipos de trabajo y las pertenencias personales y, con la fresca de cualquier mañana —antes de que apretara el sol—, caminando a buen paso —que para ello teníamos buenas piernas—, salimos llenos de ánimo a nuestros destinos.

12. Véase anexo número 3.
13. Véase anexo número 4.
14. Véase anexo número 5.



Nos desplazábamos dentro de territorio que, de momento, controlaban íntegramente las fuerzas del sur, así es que no nos ocurrió nada desagradable. La única excepción la constituyó el grupo que iba a integrar la Comisión que tendría su sede en Toluca, México. Al llegar a El Capulín, se enteraron de que una fuerza carrancista tenía combate entablado con las fuerzas de Valentín Reyes, que era el Jefe Zapatista que guarnecía la zona; así es que vieron cómo comenzaban a llegar heridos al mismo cuarto en que se alojaban y les dieron aviso de estar alertas, por si tenían que evacuar la plaza; pero afortunadamente Valentín Reyes rechazó a los atacantes y nuestros compañeros pudieron seguir hasta su destino inicial, en Tenango del Valle.

Me gustaría mucho poder ubicar todas nuestras oficinas, pero, con tantos años transcurridos, tampoco me es posible. Las de la Secretaría de Agricultura de la Convención se establecieron, como antes tuve ya ocasión de decir, en el ala norte del Palacio de Cortés. El General Manuel Palafox vivió y despachó en la casa habitación de Monseñor Plancarte y Navarrete, Obispo de Cuernava. Este era hombre culto y tenía una muy buena biblioteca. Hasta fuimos autorizados a sacar de ella libros prestados con el compromiso formal de entregar vales y de hacer canjes cada vez que devolviéramos un volumen. Recuerdo muy bien que, pensando que tardaría algún tiempo para regresar a Cuernavaca y deseosos de que no me faltara material de lectura —porque ya desde entonces era lector impenitente—, lo que yo saqué fueron dos gruesos volúmenes de los años más antiguos de un periódico de Madrid que, si mal no recuerdo, se llamaba *El Mundo Ilustrado*. Hojeando sus páginas y repasando año tras año, me familiaricé con todos los grandes escritores españoles del siglo XIX: Leopoldo Alas "Clarín", la Condesa de Pardo Bazán, Juan Pérez Zúñiga, Armando Palacios Valdés, etc., etc.

Las oficinas de las Comisiones Agrarias, donde trabajaba nuestro Estado Mayor se establecieron en la calle de Matamoros, en la esquina que está a una cuadra de la Plaza, donde funciona a la fecha la sucursal del Banco Nacional de México.

La Comisión Agraria del Distrito de Cuernavaca se instaló en una casa intervenida que daba frente a la Avenida Morelos y que lleva hasta la fecha el número 305. Aunque pudo ser también la que lleva el número 215. Recientemente, para abrir comunicación hasta una de las nuevas colonias formadas en los alrededores del viejo Cuernavaca, se trazó una calle que corta buena parte de las habitaciones que estaban en el extremo sur del edificio. Pero a lo mejor las confundo y la Comisión de Cuernavaca estuvo en el 203, o en el 233 de la calle antes nombrada, porque las cuatro son viejas casas que parecen cortadas por la misma tijera, o para ser más exactos, construidas por el mismo maestro albañil.

La Comisión Agraria de Cuautla se instaló en una casa también intervenida, que estaba ubicada en la calle Morelos, pero que ya no existe. En su lugar construyeron, no hace mucho, una casa de corte moderno.

La Comisión Agraria de Jojutla, o mejor dicho, los ingenieros que la integraban, se instalaron, para vivir, cuando llegaron, en una serie de cuartos que estaban cerca de la estación. Después los pasaron a un inmueble bien construido, amueblado y equipado —hasta colchones y sábanas había—, que era propiedad de un sacerdote. A lo mejor la casa pertenecía simplemente al clero. En Jojutla le decían la casa del Padre Minos, famoso presbítero —su nombre completo fue el de Agapito Mateo Minos—, que en las horas que le dejaban libres el altar y sus oraciones se solazaba con la pintura. Es famosa de él una tela en que se ve la traslación del Señor de Tula de Tlahquiltenango a Jojutla. Nuestros compañeros notaron, por cierto, que a varios de los vecinos, que no tenían probablemente ideas políticas muy definidas, pero sí sentimientos religiosos muy arraigados, les disgustaba que la casa del Padre Minos hubiera sido convertida en la "casa de los Agrios".

Con respecto a las oficinas de la Comisión Agraria de Tetecala, mi informante sobre ella —Gonzalo Durán—, no recuerda dónde estuvieron; pero sí está seguro de que se trataba de una de las pocas buenas residencias que había en el pueblo y que sus dueños, con motivo de la revolución, habían juzgado prudente abandonarla. Constaba de varias habitaciones, construidas todas ellas de mampostería. Por cierto que como en Tetecala no había muchas casas disponibles, cuando nuestros compañeros llegaron, la habitación que les fue destinada la ocupaban ya tres señoras de oficiales que operaban en las fuerzas del sur. Las autoridades, ante la conminación del Cuartel General ordenaron que los antiguos inquilinos se redujeran y le asignaron a la Comisión Agraria una pieza amplia, que fue en la que se establecieron las oficinas y tres cuartos más en que se improvisaron recámaras y dependencias auxiliares.

Con respecto a la ubicación de la casa en que se instaló la Comisión Agraria del exdistrito de Jonacatepec, lo único que puedo decir —porque me lo informó nuestro compañero Luis E. Rodríguez—, es que al llegar a su destino se presentaron con el Jefe de la Guarnición de la plaza, que era el entonces Coronel Pánfilo Temamatla y que éste les destinó una casa bastante céntrica que sus propietarios —enemigos de la Revolución—, habían abandonado. No había en ella ningún mueble, así es que tuvieron que mandar hacer lo que les pareció indispensable. En la misma casa pusieron oficinas y se instalaron. Parece ser que la casa en cuestión es la que queda situada en la esquina nororiental de la manzana posterior a la que da frente, por el rumbo poniente, al jardín por el que pasa hoy la nueva carretera, que sigue también, dentro de la cabecera al menos, el trazo del antiguo camino.

De nuestras oficinas de Yautepec hablaré con mayor amplitud. Expliqué antes que a mí me tocó formar parte de esa Comisión. Una buena mañana del mes de febrero de 1915, salimos de Cuernavaca con destino a Yautepec, llevando a lomo de caballo nuestras impedimentas y caminando nosotros pie a tierra, como ya sabíamos que podíamos



hacer sin mayores fatigas. Llevábamos en la bolsa, como preciado talismán, sendos salvoconductos firmados por el General Zapata que nuestro Ministro, el General Palafox, nos había gestionado y en los cuales se ordenaba que cualquier Jefe militar ante quien nos presentáramos, nos diera garantías y facilidades para el desempeño de nuestro trabajo.

Salimos de Cuernavaca por la calle que limita lateralmente el Palacio de Cortés. Era muy temprano y aún no había nadie en ellas. Para cuando comenzó a calentar el sol, ya nosotros habíamos cruzado el Temascal y nos acercábamos a los famosos cerros de las Tetillas, hasta los que, en las primeras operaciones militares contra el General Zapata, en agosto de 1911; el General Victoriano Huerta había hecho subir, a lomo de mula, su artillería de campaña, como nosotros estábamos subiendo nuestros estadales y teodolitos. Sólo que junto a nosotros no había periodistas dispuestos a darle proporciones de hazaña a lo que hacíamos, como lo habían hecho antes con Huerta.

Contemplamos por primera vez el maravilloso Plan de Amilpas, pero no pensamos en él como teatro de nuestras operaciones agrarias, sino haciendo memoria de los episodios políticos y militares que habían determinado que Zapata se distanciara del gobierno y que el Apóstol Madero quedara en la precaria situación política que lo llevó hasta el Cuartelazo: había perdido la confianza de los buenos revolucionarios, sin haber ganado con ello la de los amigos de la dictadura, que seguían soñando en un régimen como el de los últimos años del General Díaz.

Todavía recuerdo que nos hicimos lenguas por el tino maravilloso con que habían sido bautizados los dos promontorios sobre cuya falda serpenteaba el angosto camino carretero que llevábamos. Ninguno de nosotros habíamos leído todavía el *Pablo y Virginia*, ni podíamos saber, como Bernardin de Saint-Pierre; que en diferentes partes del mundo hay montañas cuyas cumbres aparentan la forma turgente de un seno de mujer y que a todas ellas, en todas las lenguas, las llaman: las Tetillas.

Llegamos a Yautepec al filo de las 11 de un día que debió ser, o no estar lejos, del diez de febrero de 1915. Al ruido que hacían los cascos de nuestras bestias sobre el empedrado de las calles, las gentes salían a vernos intrigadas por lo que se veía de nuestro equipo de trabajo —cajas y tripiés de teodolitos, balizas, estadales. Nosotros pagábamos curiosidad con curiosidad, pero más que los vecinos, cuyos rostros no acusaban de momento la menor ansiedad, nos atraían los edificios. Como en *El Retorno Maléfico* de Ramón López Velarde, en la cal de muchas de sus paredes, la fusilería había grabado negros y aciagos mapas.

No tardaríamos en ver techos desplomados y muros calcinados, como testimonio irrecusable de los incendios y de los combates de que había sido teatro la antes sonriente y entonces espectral Yautepec. En cuanto lo preguntáramos, sobrarían gentes que nos recordaran un calva-

rio que había principiado desde el 1o. de mayo de 1911, cuando Amador Salazar —ya entonces General de División y jefe todopoderoso en Yautepec—, Román Castro, Bernabé Labastida y Lucio Moreno —eran los hombres que más se recordaban—, habían atacado la Plaza, que defendían policías municipales y rurales de la Federación. Cuatro de éstos que cayeron prisioneros, fueron fusilados en la caja del río. Fue el principio de una lucha sin cuartel que se prolongaría hasta la unificación de 1920.

Dos días después, el 3 de mayo de 1911 —para seguir la narración de lo que nuestros informantes nos decían—, camino de Cuautla, donde sostendría un sitio al que la prensa le quiso dar tanta importancia como al que sostuviera contra Calleja el inmortal Morelos; el Coronel Eutiquio Munguía, al frente de su 5o. Regimiento —el famoso "Cinco de Oros" sobre cuya bizarría se haría lenguas la prensa gubernamental de la época—, atacaría Yautepec y mandaría apostar, frente al portal que se levanta todavía en la esquina de las hoy calles de Sufragio Efectivo y No Reelección —donde se dividen los caminos que salen para Cuautla y para Atlihuayán—, una ametralladora que roció de balas el inmueble, pero cuyos disparos, visiblemente mal apuntados, dejaron muchos agujeros sobre el muro, pero arrancaron pocas vidas de los zapatistas que estaban atrincherados.

Era natural, por lo demás, que en aquellos tiempos brotaran por todos lados, en Yautepec, las cicatrices y las anécdotas de la lucha civil, puesto que allí había principiado dramáticamente la campaña de exterminio que condujera el tristemente célebre General Juvencio Robles, fusilando el 14 de enero de 1912 a catorce prominentes vecinos de Yautepec acusados de ser simpatizadores de Zapata. Todo se consideraba fruto de la lucha contra el Coronel Escandón, el todopoderoso propietario de Atlihuayán que, al decir de los vecinos, había llegado a jurar, en un rapto de jactancia, que no descansaría hasta ver en el centro de la Plaza de Yautepec, la última mojonera de Atlihuayán.

Preguntamos dónde estaba la autoridad y alguien del pueblo, extendió la mano y nos señaló el modesto edificio de un piso que da frente al jardín de Yautepec y en el que habían estado, de tiempo atrás, la Jefatura Política, o la Presidencia Municipal. Reinaba en él como única autoridad civil y militar, el Coronel Eustacio Salazar, a quien no tardaríamos en llamar "Tacho" como todo el mundo. Nos recibió con cara de pocos amigos —suponía quizá que éramos convencionistas, o, en general, norteños, que comenzaban a ser vistos con recelo en Morelos—: pero se dulcificó cuando vio de lo que se trataba.

Eso no impidió que barriera con mirada de experto y con mal disimulado desdén mi indumentaria ranchera, que a las leguas se veía que era de reciente adquisición, a la vez que desde luego admiró la estatura y el atuendo del Chaparro Teruel —nuestro gigante—, quien parecía aún más grande de lo mucho que ya era, gracias a un descomunal sombrero



charro, de pelo de castor color ratón, que para irse a Morelos había sacado de su casa y que, por lo usado, parecía garantizar que nuestro compañero era hombre de campo con abolengo.

En realidad, el Chaparro Teruel no resultó en Morelos más de a caballo, más ranchero, más aguerrido, o más sufridor de lo que, compelidos por la necesidad, fuimos todos los demás alumnos de San Jacinto que tomamos parte en aquella aventura; pero, en el primer encuentro, fue él quien rompió el hielo, estableciendo con "Tacho" Salazar una amistad que más tarde se encargó de cultivar con libaciones de "resacado compuesto" y que nos fue sumamente útil en más de una dificultad.

Por principio de cuentas sirvió para resolver el primer problema, el de nuestra instalación. Se nos asignó una casa impresionante —una de las mejores de Yautepec, sin duda—, que estaba en bastante buen estado; —cuando fui a reconocerla y a visitarla, en fecha reciente, tenía los muros cuarteados y los techos desplomados—, y de cuyo segundo piso nos posesionamos. Andando el tiempo sabríamos que aquel viejo caserón había sido la casa solariega del señor Licenciado Don Ignacio Manuel Altamirano, de quien en una velada organizada para despedirlo, en vísperas de su viaje a España, hablaron alta y merecidamente, Don Luis González Obregón, Angel de Campo, Guillermo Prieto, Juan de Dios Peza y todos los que, de la inteligencia de nuestra Patria, destacaban en vísperas de los noventas.

Para dicha velada, el *Duque Job* había compuesto unos versos en que decía que los naranjos estaban mustios y las amapolas secas; que Clemencia se quedaba pensativa. Pero nada de eso contaba en los años de violencia que México vivía y a los zapatistas no les preocupaba que hubiera o dejara de haber literatura nacional, o lo que en ella contara el autor de *El Zarco*.

Altamirano había nacido en el que es hasta la fecha el remoto pueblo de Tixtla y ello sólo lo había identificado con los humildes, por quienes nosotros luchábamos. En su niñez de niño indio sus compañeros de aulas habían protestado cuando su maestro, Don Cayetano, lo había pasado con cartillas y puntero al grupo de "los de razón" Su ascenso en la sociedad y en la consideración de sus conciudadanos había sido, pues, recompensa a su inteligencia y premio a sus virtudes: en la escuela había ganado galardones; en la vida su pluma había defendido la causa de la Reforma desde las columnas de *El Siglo XIX, El Republicano y El Federalista*. Había probado, pues —el ritornelo lo tomó prestado de Don Angel Pola—, que merecía ser catalogado entre los hombres "de razón" Pero después había quedado identificado con el régimen y para los zapatistas no era de momento sino "gobierno".

A tiempo de escribir estas líneas, pienso que si mis compañeros y yo hubiéramos tenido entonces la serenidad de juicio que la lucha armada ofusca, o la modesta cultura literaria que con los años nos fuimos formando, nos habríamos sorprendido dolorosamente al ocupar militar-

mente la mansión desamueblada y un tanto cuanto desportillada, pero aún señorial, de quien el prologuista de *El Zarco,* había recordado muy a propósito que sus enemigos lo llamaban "El Marat de los Puros".

Creo que a mí en lo personal me habría gustado vagar para localizar los escenarios en que Altamirano hizo que se desarrollaran los amores de la joven de Yautepec con el aguerrido plateado que hacía nuevamente acto de presencia montando brioso corcel, tocado de buen sombrero charro, llevando en la botonadura del vestido y en los chapetones de la silla de montar adornos de plata, como sus antecesores los plateados. Fue mucha suerte que nuestra ignorancia nos permitiera vivir libres de esas preocupaciones, como la ignorancia de los guerreros surianos hizo también que se posesionaran sin escrúpulos de la casona de dos pisos del gran escritor y buen patriota, cuyos restos reposan en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

Termino esta digresión pseudo-literaria para volver a mi relato diciendo que, acomodados en el segundo piso de la que, por culpa nuestra, las gentes de Yautepec principiaron a llamar la "casa de los Agrios", instalamos las oficinas en lo que debió de ser la sala, una pieza espaciosa que daba frente a la calle y que iluminaban cuatro ventanas. Al fondo se puso un escritorio que le daba respetabilidad al recinto y situaba al Jefe con quien los visitantes debían entenderse. A uno y a otro lado se colocaron, como si fueran trofeos y quizá también, aunque no con deliberación, para impresionar a los campesinos que iban a buscarnos, montados ya sobre sus tripiés, como si estuviéramos a punto de usarlos, nuestros teodolitos. Frente a las ventanas se acomodó una gran mesa de la que nos servíamos para calcular nuestros levantamientos topográficos y para dibujar los planos de las tierras de los pueblos; detrás de ella, adosado a la pared, un estante en el que se archivaban los expedientes y libretas de campo y del cual sacábamos, cuando hacía falta, libros de consulta, o Tablas de Coordenadas y de Líneas Naturales para hacer nuestras conversiones al horizonte.

Los cuartos nos los dividimos como pudimos y en la medida de lo posible, de acuerdo con nuestras afinidades personales. Gaspar Garza Lara y yo nos acomodamos juntos y a mí me tocó amplia cama matrimonial cuyo tambor de resorte, rebasado el límite elástico con sabe Dios qué cargas, se colgaba ya como si fuera cuna, pero sobre el cual tendí un petate y me acomodé a dormir siempre que, de regreso a la cabecera de nuestra jurisdicción, pude darme el gusto de dormir en cama. Porque en los pueblos, naturalmente, dormíamos en el suelo, como todos los campesinos a quienes íbamos a servir y nadie se extrañaba por ello ni pensaba que pudiera servirnos de incomodidad.

En los bajos de nuestra casa de Yautepec, hasta cierto punto con carácter de encargado, vivía Don Feliciano González con su familia. Fue nuestro dios tutelar y gracias a sus servicios tuvimos siempre casa limpia y ropa planchada. Don Feliciano era nuestro mozo en horas de oficina y nuestro mandadero a todas horas. El nos subía las cubetas de agua con que nos bañábamos a jicarazos y nos curaba, las pocas veces que lo necesitábamos, con tazas de manzanilla, que era todo lo que su farmacopea sumaria alcanzaba a prescribir.



Por consejo de él fuimos a que nos dieran asistencia en la fonda de Doña Cata, Catalina Quintana, para decirlo con todas sus letras: que resultó una segunda providencia para nosotros. Era muy limpia, guisaba con muy buen sazón, se las ingeniaba para que su despensa estuviera siempre bien provista, y en su cantina anexa, les servía copas de resacado a los jefes zapatistas de la localidad, así que estaba "bien parada" y de reflejo nos hizo partícipe de esa privanza, haciéndose lenguas de lo que, por lo demás, era exacto: que éramos muchachos decentes, ordenados y muy trabajadores que a los campesinos de los pueblos que iban a tratarnos sus asuntos los atendíamos lo mejor que podíamos.

Con Doña Cata vivía su marido, Gregorio González, a quien ella llamaba cariñosamente "Goyo". No era muy trabajador, pero para eso estaba Doña Cata. El entraba en funciones cuando había que ensillar la mula en que Doña Cata se encaramaba, abriendo como cola de pavo real los olanes de sus faldas bien almidonadas, para irse a las ferias de las que regresaba bien surtida de maíz, de frijol, de garbanzo y sin una sola gota del resacado compuesto que ella misma preparaba y que gozaba de merecida fama por su buen sabor.

El resacado iba y el maíz, el frijol, el garbanzo y los pollos volvían, en el macho aparejado que iba siempre detrás de Doña Cata. A la cola, arriándolo, marchaba "Goyo", pero estas eran las únicas ocasiones en que, para cubrir las apariencias, "Goyo" tenía categoría inferior a la de Doña Cata. Para todo lo demás, el varón se imponía y una vez en que a "Goyo" se le pasaron los aguardientes y a Doña Cata se le vino a la cabeza la idea de reprenderlo, un manotazo que "Goyo" le dió en la cara y que le dejó amoratado el ojo por varios días, puso en claro para ciencia y conocimiento de todos, quién era quién en aquella casa.

En el departamento de restaurante no cabían más que dos mesas y una de ellas nos fue adjudicada en propiedad a nosotros. La atendía una única mesera, a la que sus padres habían bautizado con el nombre de Elpidia, pero para corregir el mal servicio que sus progenitores le hicieran, el cariño de los parroquianos la habían rebautizado con el diminutivo de "Pillita".

Era una joven de no malos bigotes y de relativa buena apariencia. Albeaba de limpia y cumplía con los deberes que la hospitalidad prescribe, sonriéndole a todos los parroquianos. Con intencionada malicia, cuando Doña Cata les ofrecía a sus parroquianos, tras el cinc de su cantina, sendas copas de resacado compuesto, les preguntaba, si se las servía de piñita o de pillita.

Pero ella no hacía mucho aprecio a ellos. Pronto nos dimos cuenta de que al que con más insistencia le sonreía era al Chaparro Teruel. Ella

era chaparrita y él un gigantón. Schopenhauer ha explicado ya estas cosas. Tengo motivos para saber que las simpatías que tan ostensiblemente expresaba "Pillita", no dejaron indiferente a nuestro compañero el Chaparro Teruel.

El único que lo sintió fue Benjamín Patiño, que por su parte comenzó a suspirar por "Pillita" y a darle muestras de un fervor que los despegos de ella no quebrantaron. Sus desvelos no quedaron sin recompensa, por cierto. Cuando el Chaparro Teruel se fue al Sur en busca de aventuras —ya vendrá sitio en que nos ocuparemos de ello—, dejó desamparada la plaza en que con su culebrina había abierto brecha y "Pillita" buscó consuelo en los brazos de nuestro compañero Patiño. No eran brazos tan largos como los del Chaparro Teruel, pero eran brazos. Eran además brazos dispuestos a prestarle apoyo en cualquier circunstancia. Cuando llegó la hora de la desbandada —llegará para los efectos de este relato dentro de tres capítulos—, Patiño, no dejó sola a "Pillita", sino que la sacó de Morelos hasta lugar seguro.

*
* *

¿En qué consistieron nuestros trabajos? Permítaseme tomar las cosas desde sus principios recordando que las peripecias de la lucha armada y lo precario del control territorial sobre el que ejercían su dominio las fuerzas del sur; no permitió, hasta 1914, que se regularizaran nuevas adjudicaciones de tierras —con acta de entrega en regla—, como la de Ixcamilpa, Puebla; que es de todas maneras, para gloria del General Zapata, la primera entrega de tierras acordada en nuestra Patria en cumplimiento de las promesas de redención agraria que apuntaba el Plan de San Luis. Déjeseme recordar también que en julio de 1913, el General Zapata había dictado las instrucciones a que deberían sujetarse los Jefes del Sur, hablándoles, como si fueran faenas agrícolas, de sus "trabajos militares" y de la labor social que les incumbía, ayudando a que los pueblos tomaran posesión de los terrenos que les pertenecieran, según lo previsto por el Artículo 6o. del Plan de Ayala.[15]

No era poco el terreno que se había ganado desde entonces. A mediados de 1914, Don Antenor Salar, un tabasqueño bien intencionado que había gastado tiempo, energías y dinero, tratando de convencer a los terratenientes de que ayudaran a resolver el problema agrario —pensando para su fuero interno, quizá, que sólo de este modo podrían salvarse—, sin que nadie le hiciera caso; trató también de convencer al General Zapata para que adoptara su famoso sistema Sala en la resolución del problema agrario, que las carabinas revolucionarias estaban ya a punto de comenzar a resolver, pero por métodos directos.

15. *Emiliano Zapata y el Agrarismo en México.* Gral. Gildardo Magaña. Tomo II. Editorial Ruta. México, 1951.



Don Antenor Sala correspondió por algun tiempo con el General Manuel Palafox y con el General Emiliano Zapata. Insistió reiteradamente, tratándolos de convencer de que sus sistema era bueno; pero, naturalmente, sin conseguir nada: El General Palafox le recordó que los hacendados de México, adictos a Victoriano Huerta, habían combatido la revolución, que era de justicia aplicarles el Artículo 8o. del Plan de Ayala, es decir, confiscarles sus propiedades; que la repartición de tierras no se haría arbitrariamente, sino de acuerdo con las costumbres y usos de cada pueblo. Los que prefieran el sistema comunal seguirían dentro de él, los que optaran por el fraccionamiento, recibirían pequeñas propiedades.

El General Zapata fue igualmente categórico, cuando en carta de 25 de octubre de 1914, le explicó que la mayoría de los pueblos tenían títulos primordiales para acreditar sus derechos a poseer los terrenos de que habían sido despojados; que la confiscación de las haciendas se había llevado a cabo ya en Morelos y se proseguiría en el resto del país.

Era que los Jefes del Ejército Libertador habían fijado cédulas de nacionalización —a lo menos así se decía oficialmente—, en todas las fincas rústicas y urbanas que eran propiedad de enemigos de la Revolución. Las haciendas habían pasado a poder de los pueblos y sus campos se cultivaban ya, hasta donde las circunstancias lo permitían. [16]

A nosotros nos tocaba, en 1915, celebrar juntas de avenencia, hacer deslindes, levantar planos en que cristalizara lo que en el Plan de Ayala se había prometido y el General Zapata quería cumplir. Más tarde, localizar lo que los pueblos habían tomado con su aprobación tácita, desde que las fuerzas federales, acosadas por los revolucionarios: de reducto en reducto; de ciudad en ciudad, de entidad en entidad, habían tenido que ir dejando en manos de los soldados del pueblo.

La tarea no fue fácil y más de una vez estuvo a punto de degenerar en encuentros armados que hubieran tomado a los nuestros entre dos fuegos. No había hacendados, ni se organizaban todavía guardias blancas que dispararan sobre los ingenieros de la Agraria, como sucedió después; pero los mismos pueblos a los que los terratenientes de Morelos habían despojado, llegada la hora de las reivindicaciones, mostraban explicable propensión a obtener lo más que pudieran y aun sin que interviniera la codicia, sólo porque la tradición oral y los viejos planos coloniales no daban datos exactos; se originaban discusiones interminables a fin de localizar referencias tan poco precisas como las de: "una piedra grande", "un amate frondoso", "un cerro boludo" o "una barranca honda"

A las juntas de avenencia en que se había de decidir cuál era el lindero entre las tierras de dos pueblos colindantes, se presentaban armados y seguidos de sus fuerzas, los jefes militares más representativos de cada

16. *Emiliano Zapata y el Problema Agrario en la República Mexicana.* Por Antenor Sala. Imprenta Franco Mexicana, S. A. México 1919.

uno de ellos. Los subalternos, a veces, los azuzaban. A nosotros nos incumbía la tarea de contemporizar, convencer y conciliar.

Con pueblos indígenas había hasta dificultades de idioma, porque sus representantes no siempre entendían bien el castellano. Más de una vez, ya a punto de firmarse de conformidad el acta de deslinde, el representante del pueblo que se creía perjudicado exclamaba de pronto: "no somos la pendeja", y se iba con sus compañeros. Los representantes agrarios, intervenían en estos casos y pasaban la pena gorda para establecer un clima de avenimiento y de discusión amistosa.

Pero me desboqué sobre los acontecimientos haciendo volar el tiempo, como si arrancar hojas y hojas del calendario, del mismo modo que antes lo acabo de hacer retroceder casi dos años. Permítaseme tomar el paso para declarar que, satisfecho el primer requisito, que fue el de instalarnos, procedimos a cumplir con las instrucciones que a todos se nos dieran: los ingenieros corregimos nuestros teodolitos, bastante trasteados desde la salida de México, según habíamos aprendido en nuestros textos de Topografía; haciendo que los niveles del limbo horizontal estuvieran paralelos al plano de este limbo; que la línea de colimación quedara sobre un plano vertical que pasara por el eje de figura del anteojo; que los hilos de la retícula estuvieran respectivamente sobre un plano horizontal y otro vertical y que la línea de colimación se moviera sobre un plano vertical. También a determinar las constantes para nuestras lecturas de estadal.

Mientras tanto, los representantes agrarios mandaron imprimir avisos en que se dio a conocer que habíamos ya llegado para desempeñar nuestras labores y que estábamos listos para comenzar a tratar con las distintas comisiones de los pueblos de cada Distrito. Dichas comisiones no tardaron en presentarse. Con sus solicitudes y gestiones, se abrieron o se instauraron los primeros expedientes agrarios en que nos tocaría intervenir.

*
* *

En teoría, estábamos encargados de restituir el conjunto geométrico de la propiedad rústica que había sido establecida por el Gobierno Colonial y que garantizaban los títulos que aportaba cada pueblo; en la práctica había un acuerdo tácito por parte de los mismos pueblos, para hacer tabla rasa con las haciendas, dividiéndose sus despojos, cómo las haciendas se habían dividido, en los últimos años de la Dictadura, los despojos de los pueblos.

Querría estar en aptitud de explicar con el mayor detalle la secuela de los trabajos que hicimos y reproducir, de ser posible, los conjuntos que a la postre formamos con los planos de los ejidos deslindados, medidos y entregados. Desgraciadamente me faltan las fuentes de información que más útiles me serían para el caso.



De una de las comisiones más importantes, la del Distrito de Cuernavaca, por ejemplo, casi no puedo decir nada, porque los compañeros que formaron parte de ella y que podían reseñarme han desaparecido. Pero sí puedo asegurar que abordaron los problemas a cuya solución estaban abocados con decisión y entusiasmo. El ejido de Santa María, por ejemplo, se integró en parte con tierras que le habían sido arrebatadas por la Hacienda de Temixco. Al pueblo de Temixco, por su parte, le correspondieron unos montes que había mandado ocupar y explotar el General de la O.

Recuerdo que cuando se fijó la fecha de la posesión, se contempló la necesidad de notificar al General de la O que aquellos montes pasarían a poder del pueblo y se designó a nuestro comoañero Alfonso Cruz para que se lo dijera. Con una decisión que por su comportamiento en la escuela nadie hubiera anticipado, nuestro compañero Mario Bandala brincó al momento y dijo: "Cruz no va solo, yo lo acompaño". Afortunadamente el General de la O no puso ningún reparo y antes bien, asistió a la entrega y felicitó al pueblo beneficiado.

Fue una ceremonia inolvidable, puesto que la hacienda de Temixco, había sido de las que con más saña agrediera a los pueblos limítrofes, y ver que se le quitaba lo que por malas artes había conseguido, reafirmaba la fe de los morelenses en la causa del Sur y en su caudillo. La noticia de aquella restitución voló por todo el Estado de Morelos y, al tiempo de narrarla, nadie dejaba de recordar que desde febrero de 1911, los vecinos de Santa María le habían solicitado al entonces Presidente de la República, don Francisco I. Madero, que se les devolvieran las tierras que la hacienda de Temixco les había quitado 25 años antes.[17] También se explicaba, que dicha hacienda había hostilizado a los vecinos de Santa María con la complicidad del General Juvencio Robles —de triste memoria en Morelos—, empujándolos a la rebelión en la que todos hubieron de tomar parte.

De lo que hizo la Comisión Agraria del distrito de Cuautla, el único sobreviviente de ella, nuestro compañero Fidel Velázquez, me asegura que ejecutaron todos los trabajadores de deslinde, localización y planificación de los ejidos pertenecientes a dicho ex distrito; pero con los años transcurridos ya no sabe con certeza quiénes trabajaron en cada uno de ellos Habla de que estuvieron en Anenecuilco, Cuautlixco, Tetela del Volcán, Tetelcingo, Texcala, Tlapecac, Yecapixtla y Zacualpan de Amilpas. Por último, de que trabajaron en el ejido de Cuautla, pero ya sin muchas esperanzas de que sus trabajos perduraran y sin contar tampoco con la colaboración entusiasta del vecindario. Ocurrió esto poco antes de la desbandada, que será motivo de capítulo posterior.

De otra Comisión Agraria, la del distrito de Jojutla, hay por fortuna

17. La Verdadera Revolución Mexicana. Primera Etapa (1901-1903). Alfonso Taracena. Editorial Jus, S. A. México 1960.

varios sobrevivientes, pero sólo uno de ellos ha podido informarme. Se trata de nuestro compañero Eulogio Zedillo, quien me dice que de primera intención hicieron deslindes y dieron posesión a los pueblos de las tierras comprendidas dentro de ellos. Serían para nuestro caso, posesiones provisionales. Con posterioridad se dedicaron a levantar los planos de los poblados de Jojutla de Juárez, Panchimalco, Tlaquiltenango, Tlaltizapán, Acamilpa, Pueblo Nuevo, Tecumán y Tetelpa. Todo el ex distrito, como quien dice.

De Toluca, al mismo tiempo, mi único informante, nuestro compañero Bartolomé Vargas Lugo, sólo recuerda que trabajaron en Tenango del Valle —que fue donde se estableció la sede de esta Comisión—, en Putla y en Veladero.

Dudo que se haya trabajado en otros sitios, puesto que el Estado de México era teatro de operaciones militares que conducían las fuerzas carrancistas, tratando de reducir el campo de acción de las fuerzas del Sur. El entonces Gobernador del Estado —vuelve a serlo hoy, puesto que se trata del doctor Gustavo Baz—, que había sido nombrado para desempeñar el cargo con fecha 18 de diciembre de 1914, tampoco pudo hacer gran cosa en la materia, según explicó él mismo ante la Soberana Convención el 4 de mayo de 1914, al aclarar que aunque él había decomisado ya la hacienda de Santa Cruz y estaba preparado para hacer los mismo con la hacienda de Barbabosa, el Ministro de Agricultura de la Convención le había indicado que todo lo concerniente a la reforma agraria, debería hacerse conforme a instrucciones de su Ministerio y por conducto de la Comisión Agraria correspondiente.[18]

En relación con los trabajos de la Comisión Agraria del distrito de Tetecala, sí conté con información bastante, ya que nuestro compañero Gonzalo Durán —una de las memorias que con mayor frescura recuerda todavía aquellos lejanos hechos—, ha venido en mi auxilio.

Principiaron por hacer deslindes y por señalar los linderos, después se dedicaron a levantar los planos. Trabajaron en los pueblos de Tetecala, Coatlán del Río, Coatetelco, Miacatlán y Michapa. Cerca de este último estaban, por cierto, los famosos llanos de Michapa, donde Maximiliano mandó establecer un coto de caza del que todavía quedaban en pie las ruinas del modesto edificio en que pernoctaban el llamado Emperador de México y sus acompañantes. Techándolo con zacate y poniéndole puertas de carrizo, nuestros compañeros lo hicieron habitable y pudieron comprobar que, a falta de otros animales silvestres, abundaban todavía los coyotes.[19]

Inclusive se pensó en hacer trabajos de cierta importancia en Amacu-

18. *La Verdadera Revolución Mexicana.* Tercera Etapa (1914-1915). Alfonso Taracena. Editorial Jus, S. A. México, 1960.
19. En estos días han sido mencionados otra vez estos llanos, que los pueblos del ex distrito de Tetecala siempre han considerado propios, con motivo de que gentes encabezadas por Rubén Jaramillo han tratado de establecerse en ellos.



zac, localizándose al efecto y abanderándose, los vértices de una triangulación topográfica que debió cubrir todos los pueblos del distrito de Tetecala y servir de armadura indeformable a los planos parciales de los ejidos. El ingeniero López y nuestro compañero Gonzalo Durán, fueron los que hicieron las lecturas.

También se trabajó en las haciendas de San José Vista Hermosa y de Xoxocotla, y en los pueblos de Puente de Ixtla, San Mateo Ixtla y algunos más. A nuestro compañero Gonzalo Durán le tocó levantar el ejido de Xoxocotla y pudo ver cómo, en la colindancia con Coatetelco, pueblo indígena también, tenía que valerse de intérprete y ayudarse con las manos para que lo entendieran. Sólo el Presidente Municipal de Xoxocotla, que era inamovible, hablaba español. Todos los demás vecinos lo veían con gran respeto y acataban sus instrucciones con reverencia.

Durán se dio cuenta, y todavía lo recuerda, de la autoridad que ejercía y del tino con que mandaba, desde el momento en que, instalado en el Palacio Municipal que había sido quemado y en el que no había ni puertas ni ventanas, preguntó si había seguridad para sus aparatos. El Señor del Pueblo —porque eso era en realidad—, le dijo que en Xoxocotla todo lo que él dejara quedaría más seguro que en su casa, y así fue en efecto.

También se acuerda Durán —y no podrá olvidarlo mientras viva—, de que pasó muchos apuros junto con el Representante Agrario, para convencer a los habitantes de Miacatlán y Coatetelco de que el lindero de los dos pueblos debía cruzar en su mayor longitud la laguna de Coatetelco dejándole jurisdicción sobre la mitad —porque no había todavía Artículo 27 y los pueblos querían dividirse hasta los lechos de las lagunas—, a cada uno de ellos; pero que a la hora en que los de Coatetelco vieron que nuestro compañero iba llevando sus caminamientos por tierra firme y en terrenos que ya se habían convenido que les pertenecían —estas cosas suceden cuando los ingenieros no disponen de telescopios, ni son patos para cruzar por en medio de las lagunas con estadales y teodolitos—, se apostaron sin previo aviso en lugares que les parecieron estratégicos y comenzaron a disparar sobre ingeniero, balizeros, estadaleros y brecheros. . .

Afortunadamente la primera descarga no hizo víctimas, la segunda ya no pudo hacerlas, porque todos los vecinos de Miacatlán se pusieron a buen resguardo. Sólo se quedaron en el lugar de los hechos nuestro compañero Durán y un peón viejito que precisamente por eso no pudo correr. Reconocidas sus escasas facultades, desde el primer momento lo habían encargado de cargar el teodolito.

A Durán le interesaba mucho la integridad de éste y por eso en vez de correr se tiró al suelo y se resguardó tras unas piedras. Estuvo allí todo el tiempo que la prudencia le aconsejó y cuando túvo buenos motivos para pensar que los de Coatetelco se habían quedado satisfechos, puestos ya en fuga los supuestos invasores de Miacatlán, se acercó hasta

su aparato, hizo descender a tierra las patas del tripié, puso el teodolito en su caja y se encaminó tan aprisa como pudo hasta donde había dejado su caballo.

Fue necesario comunicarse con las autoridades superiores de la Secretaría de Agricultura, que estaban en Cuernavaca, y hacer que con intervención de ellas se les explicara a los representantes de los dos pueblos que los trabajos se podían hacer contorneando la laguna, por uno y por otro lado, como a la postre se hizo, sin necesitarse; pero que los linderos quedarían marcados por dos mojoneras que se haría construir en los extremos de la laguna.

La Comisión Agraria del distrito de Jonacatepec terminó también los trabajos que le correspondían, practicando juntas de avenencia, deslindes y delimitaciones de linderos en todos los pueblos del ex distrito. Por cierto, no sin que en los primeros días de febrero recibieran un susto que los obligó a reconcentrarse en Cuautla. Fue con motivo de una maniobra militar, ordenada seguramente por el General Obregón, o por alguno de los jefes carrancistas que coordinaban sus movimientos con los del caudillo sonorense.

En determinado momento, pareció como que se iniciaba el avance sobre Morelos, partiendo de Puebla. Pasaron entonces por Jonacatepec: primero el General Juan Andreu Almazán, que siguió rumbo a Cuautla; el mismo día, pero por la tarde, el General Benjamín Argumedo. La madrugada del día siguiente, el Jefe de la Guarnición de Jonacatepec, Coronel Pánfilo Temamatla, mandó despertar a nuestros compañeros para decirles que las fuerzas carrancistas entraban ya al Estado de Morelos por el rumbo de Xochiapan y que deberían salir rumbo a Cuautla inmediatamente.

En realidad lo que pasaba era que el General Obregón se preparaba ya para salir rumbo al norte y buscaba la manera de que las fuerzas zapatistas se concentraran para rechazar un supuesto ataque por el rumbo de Puebla, respetando mientras tanto sus líneas de comunicaciones rumbo al norte. Pero salvo, eso, se trabajó en varios pueblos, principiándose por Tlacotepec de Amilpas, pueblo este que presentó, para acreditar sus derechos, el plano de las tierras ejidales que reclamaba y que los indígenas llamaban respetuosamente "la mapa"

Tlacotepec es un pequeño poblado ubicado en las faldas del Popocatépetl; los títulos que presentó eran títulos de la época virreinal, firmados ni más ni menos que por el Virrey Don Antonio de Mendoza. El problema surgió sólo porque, al localizar sobre el terreno el área abarcada por el plano dibujado al óleo que aportaron los vecinos del pueblo; tomando como punto de partida la iglesia y formando un cuadrado que tuviera 1000 varas por lado, dentro de la jurisdicción de Tlacotepec quedaba por el sur media plaza de Zacualpan de Amilpas. Fue un triunfo establecer linderos definitivos que correspondieran con la realidad presente, reduciendo las tierras de Tlacotepec para que Zacualpan no se quedara sin nada.



Se pensó después seguir trabajando en Zacualpan de Amilpas, que colindaba por el sur con Tlacotepec, pero a última hora —en el Capítulo IV se explicarán los motivos—, se optó por trabajar mejor en Huazulco, que colindaba por el norte con Zacualpan. El plano de este pueblo sólo requirió entonces que se levantaran las poligonales de los rumbos oriente y poniente.

Así se siguió trabajando, siempre de norte a sur, en Amilcingo, Popotlán, Amayuca, Chacalcingo y Jantetelco, y como la medición del ejido de la cabecera, es decir el de Jonacatepec presentaba mayores problemas la comisión siguió trabajando al sur, tratando de envolver con distintas poligonales, el ejido de Jonacatepec. Se levantaron entonces los planos de Santa Clara, Tenango, Atotonilco, Tepalcingo, Axochiapan y San Miguel Ixtlilco.

En total se hicieron los levantamientos de los ejidos de 15 pueblos, antes de que en diciembre de 1915 se recibieran de Cuernavaca órdenes en el sentido en que el Jefe de la Comsión, ingeniero Muñoz Salas y los Ayudantes, García de la Cadena Gumaro, Martínez Antonio y Rodriguez Luis, se trasladaran a la Capital del Estado para hacer en ella los trabajos de gabinete relativos a la planificación del distrito.

En los últimos días de enero de 1916, construidos los planos parciales y hecho el plano de conjunto correspondiente, el ingeniero Muñoz Salas y sus subalternos, recibieron instrucciones de regresar a Jonacatepec, para hacer el parcelamiento de los ejidos en los pueblos que así lo solicitaran. Principiaron al efecto, en la misma forma en que se iniciaron los trabajos, es decir, por Tlacotepec de Amilpas; pero, desgraciadamente, a fines de febrero se recibió la noticia de que las fuerzas carrancistas se acercaban a Hueyapan, pueblo que colinda por el norte con Tlacotepec y no hubo más remedio que abandonar el campo.

Sin embargo, es de la mayor importancia subrayar que conforme a la política agraria que había adoptado el zapatismo, en confirmación de lo que el General Manuel Palafox le había escrito a don Antenor Sala: los pueblos deberían ser soberanos para resolver si se parcelaban o no sus ejidos. En Tlacotepec, donde expresaron el deseo de que así se hiciera, nuestros compañeros estaban ya adjudicando parcelas individuales a los vecinos.

Alivió las complicaciones del trabajo en esta Comisión —que no eran pocas— y las horas de zozobra —que eran casi tantas como las 24 de cada día—, el buen humor de nuestro compañero Antonio Martínez, "El Buzo", que haciendo valer los méritos de su buena disposición, se hizo inscribir en ella a pesar de que, como todavía no cursaba en la escuela la asignatura de Topografía, los procedimientos técnicos que ponía en práctica eran más bien heterodoxos y pronto lo hicieron famoso.

En efecto, cuando regresaba con sus lecturas de campo, para calcular

sus polígonos, aplicaba una fórmula muy suya para averiguar si sus observaciones quedaban dentro de límites tolerables. En vez de la fórmula: $E < \acute{o} = \sqrt{n} \times a$ se ponía en el margen izquierdo de la planilla $10^{o}$ que eran su propio margen. Explicaba que, puesto que en las nivelaciones las cotas se miden sobre un plano convencional de comparación, que es hasta de 100 metros; él no veía motivo para no aplicar un margen angular de comparación de $10^{o}$. De ellos tomaba lo que le faltaba para cerrar sus polígonos pero, cuando le sobraba, se los agregaba diciendo: "ya vieron que no los necesité; tengo hasta para regalar".

A sus compañeros les tocaba entonces revisar sus lecturas y poner los ángulos correctos. No era tarea muy mortificante para ellos, porque con las instrucciones que seguíamos, era difícil que se necesitara ir al campo para comprobar una lectura angular. Nuestras instrucciones rezaban, en efecto, que debíamos poner el limbo horizontal en $0^{o}$ y mover el anteojo hasta hacerlo coincidir con el norte magnético; se fijaba entonces el movimiento general y se hacían las lecturas hacia atrás y hacia adelante, anotando los rumbos según los marcaba la carátula de la brújula y los grados y minutos según se veían en el limbo horizontal. A continuación se daba vuelta de campana, se ponía el $0^{o}$ en el vértice de atrás y se medía el ángulo haciendo la segunda lectura con el anteojo dirigido hacia la baliza de adelante. Se tenían así dos lecturas angulares y era muy difícil que en las dos se cometiera error. La experiencia nos enseñó que con ese sistema se ahorraban muchas molestias, el tiempo que se empleaba de más, sobre todo cuando había que abrir brechas, no contaba para nada.

En Yautepec —escribiendo ya de lo que me tocó más de cerca—, se formaron tres brigadas; una de ellas la integramos Garza Lara y yo, otra la llevaba el Chaparro Teruel que levantó el ejido de Oacalco; la tercera Benjamín Patiño, que si no me equivoco, hizo el plano de Itzamatitlán. Cuando el Chaparro se fue a su aventura centroamericana —ya tendremos tiempo para ocuparnos de ello—, nos quedamos solos Gaspar Garza Lara, Patiño y yo para hacer el trabajo de campo, pero pudimos con él.

Gaspar Garza Lara y yo levantamos los planos de varios de los pueblos del distrito. Éramos buenos amigos y colaborábamos a nuestra mutua satisfacción. Trabajábamos con mucho ánimo, cada quien por su lado, sin regatear esfuerzos ni sacarnos ventajas y así acabábamos más pronto. Al regresar a nuestros alojamientos, ya cuando faltaba luz de día para ver en el estadal, charlábamos hasta que la fatiga nos rendía y era pronto, porque con las primeras luces del alba, volvíamos a levantarnos a continuar la faena.

Las instrucciones eran terminantes en el sentido de que concluyéramos todos los trabajos de campo y regresáramos con las libretas para hacer los cálculos en Yautepec, bajo la vigilancia del ingeniero Rubio, Jefe de la Comisión. Como no disponíamos de equipo auxiliar —ni siquiera una máquina calculadora— decidimos sumar cada quien por



nuestro lado, porque era la única forma de verificación que teníamos. Las lecturas de estadal las reducíamos al horizonte con unas Tablas Naturales, que sólo daban cifras enteras, así es que para tener la distancia real de nuestras lecturas, teníamos que poner en columna, hasta cuatro cifras y hacer sumas interminables. Nuestras planillas de cálculos no podían ser más voluminosas.

Así levantamos el plano del ejido de Cocoyoc primero y el de Oaxtepec después. En Cocoyoc nos alojamos en la Ayudantía Municipal, a unos cuantos pasos del acueducto y huerta de San Carlos. No podíamos tener ningún contacto con los propietarios de la gran hacienda —a Ignacio de la Torre lo conocí en París, en 1930—, que por lo demás habían tenido que salir de Morelos, cuyo clima les era malsano; pero saboreábamos los productos de la famosa huerta, comprando al efecto cajas enteras de mango. Hasta entonces, el mango me lo habían dado con cuentagotas, uno o dos cada vez, cuando mucho. Sólo entonces lo comí a llenar. Mi recuerdo más vivo de Cocoyoc es el de una tarde, al regresar de nuestro trabajo, en que Gaspar Garza Lara y yo, sentado en los poyetes de la Ayudantía Municipal, fuimos sacando mangos de la caja que acabábamos de comprar y comiéndonoslos, hasta el punto de que ya no cenamos.

De Cocoyoc pasamos a Oaxtepec, antigua residencia invernal de los emperadores aztecas, donde Bernardino Alvarez construyera el primer hospital que se hizo en América continental, el de la Santa Cruz.

Los aztecas habían aprovechado el clima excepcional de Oaxtepec y probablemente hasta su aspecto agreste, con su río y sus manantiales termales de aguas sulfurosas, para establecer un jardín botánico. Quienes lo visitaron entonces aseguran que tenía seis millas de circuito.[20] Los hermanos domínicos que tomaron más tarde posesión del lugar, se preocuparon por conservar las plantas indígenas y agregaron otras de Europa, haciendo de Oaxtepec un nuevo jardín botánico, el primero de nuestro Continente. Por eso de cerca de 300 plantas mexicanas que Francisco Hernández localizó en el hoy Estado de Morelos, cerca de 40 las encontró en Oaxtepec.

Como en Cocoyoc, nos alojamos en el local destinado a la Ayudantía Municipal, una larga sala techada con una bóveda de cañón y en cuyo fondo, siempre en penumbra, se amontonaban los fusiles de chispa y los machetes que eran instrumento de la autoridad, así como las banderolas y escudos cuyos colores, aunque desteñidos, eran a su vez símbolo del fervor patriótico de los moradores de Oaxtepec.

Desde la balaustrada que protegía la escalinata que debíamos remontar para llegar a nuestro alojamiento, oteábamos el paisaje tropical y veíamos o adivinábamos la estructura del viejo convento domínico, con su portada lisa sin más abertura que el arco de medio punto —subrayado

20. *Historia Antigua de México.* Francisco J. Clavijero. México 1844, pág. 223.

con discreta moldura en su archivolta—, con los arcos que dan acceso a la portería y con los imponentes contrafuertes.

La "compañía" de Oaxtepec andaba siempre guerreando por el rumbo de Amecameca, y el Ayudante Municipal tenía que esmerarse para conseguirnos las cuadrillas de peones —macheteros, cargador de aparato—, que Garza Lara y yo necesitábamos . La nuestra era casi una operación militar, porque no estábamos muy lejos de la línea de fuego, ni menos aún seguros de que los vecinos de algún pueblo colindante, inconformes con nuestros trabajos, no vinieran a interrumpirnos en forma airada.

Oaxtepec no era todavía el centro turístico que en nuestros días se admira y los claustros del convento se veían abandonados. Los patios eran, por su parte, como un anexo del jardín botánico, pero un jardín edénico, en que la mano del hombre parecía que nunca hubiera intervenido.

Nos levantábamos con la aurora y nos íbamos a bañar al río. En las aguas sulfurosas que brotaban de los manantiales que están en el lecho mismo de la corriente, el jabón casi no hervía y nuestro cuerpo, al salir del agua, despedía emanaciones de azufre. Pero salíamos limpios y llenos de ánimo para iniciar jornadas de trabajo que se prolongaban en el campo tanto como la luz del día, y que proseguíamos en nuestro alojamiento, a la luz opaca de un candil, hasta dejar bien arreglados los croquis que acompañaban nuestras libretas de campo. "Estos ingenieritos no son nada *catrines*", decían los vecinos del pueblo, "aguantan de día caminando tanto como nosotros y todavía después siguen en sus papeles".

Esa fue la buena fama que sembramos donde quiera que fuimos y que mucho contribuyó para que, a medida que el tiempo transcurría, los guerrilleros que nos recibieron con recelo, aprendieran a respetarnos y a considerarnos sus amigos. Hasta sucedió que esa buena fama nos precediera y la encontrábamos en los demás pueblos en que íbamos trabajando, hasta llegar a los de las faldas del Ajusco, en la zona ya conlindante con el Distrito Fedral, en que también operamos.

Me refiero por ejemplo a San Nicolás del Monte y a Tlalnepantla, hasta los que llegábamos cruzando la Sierra de Tlayacapan, dejando a un lado el picacho que se llama localmente Cerro del Sombrerito y subiendo después la suave pendiente que conduce hasta los pueblos de la tierra templada, tierra ya no de amates y de anonas, sino de ocotes y de chirimoyos.

En el curso de esos trabajos tocábamos con frecuencia las estribaciones, o contemplábamos a distancia el perfil de la Sierra de Tepoztlán. A mí me venían a la cabeza, en esos momentos, las explicaciones de la clase de Geología de México y me imaginaba por momentos que no andaba en aventuras de revolucionario, formando parte de las Comisiones Agrarias que había organizado el Zapatismo, sino como miembro de una excursión científica y oyendo cómo nuestro venerable Maestro



Don Guadalupe Aguilera, nos hacía aquellas doctas explicaciones: pletóricas de ciencia, pero no carentes de imaginación y de poesía, con las que evocaba ante nosotros las inmensas moles de rocas piroclásticas, hoy en sus facies de denudación, que fueran producto, en su tiempo, de las violentas explosiones volcánicas de la Era Terciaria.

Recuerdo todavía que, camino de Tlalnepantla, un lunes por la tarde, se me murió el caballo que montaba, rendido quizá por el esfuerzo que hubo de hacer —alimentado sólo de zacate, como las circunstancias imponían—, para escalar el abrupto camino de herradura que conducía del Plan de Amilpas al valle de Tlayacapan.

Desarmado ante el estremecimiento de los ijares de mi cabalgadura, cuya gravedad advertí demasiado tarde, la sentí flaquear y apenas si tuve tiempo para saltar de la silla antes de que el cuerpo de la bestia me tomara debajo en la caída. Luego, Garza Lara y yo la vimos perder el aliento a ojos vista, abrir con ansia las ventanas de la nariz, como si buscara un aire que sus pulmones ya no absorbían y doblar la cabeza, hasta dejarla caer en el suelo, sobre el que hubo de quedar abandonada. Unos campesinos que llegaron a darnos auxilio en aquel trance, nuevo para nosotros, se ofrecieron a llevarnos la montura si les regalábamos la piel del animal. . . Desde entonces quedamos pie a tierra otra vez, como cuando salimos de México y hasta que volvimos a la Capital, en diciembre de 1915.

No se puede decir que aquel contratiempo nos irritara o nos apesadumbrara, pero sí estoy seguro de que el entusiasmo con que al principio devorábamos leguas, a fuerza de sumar jornadas, decayó poco a poco. Jean Jacques Rousseau escribió alguna vez que viajar a pie era viajar como Thales de Mileto, como Platón y como Pitágoras. Parece también que el ilustre señor de Malesherbes, cuando lo hicieron salir del Ministerio —y junto con él Turgot, en 1776—, caminó a pie por Francia, Holanda y Suiza —Anatole France, por lo menos lo asegura—, pero andar de andarín —y qué otra cosa hace un andarín—, un año entero es como para desollar a cualquier cristiano, de la cabeza a los pies.

Fuera de eso, nuestros trabajos en los pueblos de las estribaciones del Ajusco que acabo de nombrar, se desarrollaron normalmente. Sólo nos impresionaba, al momento de abrir las brechas que servirían para señalar los linderos entre pueblos limítrofes, escuchar el golpe cadencioso de las hachas que atacaban los árboles de ocote y oir después el estruendo con que golpeaban en el suelo, desgajando al caer las ramas de los árboles vecinos.

Por cualquier razón, que mi memoria no retuvo, o por la simple razón de que el que manda manda, a estas alturas, al regresar de medir el ejido de Tlalnepantla; nuestro Jefe desarticuló la pareja que formábamos Gaspar Garza Lara y yo. A él lo mandaron a levantar un plano grande, el del ejido de Atlatlahucan, siempre en las estribaciones del Ajusco; a mí me dieron instrucciones para que me hiciera cargo del le-

vantamiento del ejido de la cabecera, es decir, el de Yautepec.

Eso me deparó, por cierto, una oportunidad única: la de conocer personalmente, oir hablar y ver moverse de cerca al General Emiliano Zapata. Ello sucedió al día siguiente de una famosa corrida de toros, de la que no dejaré de ocuparme en el Capítulo IV de este relato. Por lo pronto, básteme decir que la tarde de esa corrida el General Zapata nos mandó llamar al Jefe de nuestra Comisión, ingeniero Rubio y a mí, para decirnos que a la mañana siguiente, a primera hora, quería acompañarnos para que recorriéramos los linderos de Yautepec con Anenecuilco.

Salimos montados en buenos caballos, que el General Zapata ordenó que se nos proporcionaran. El iba por delante de todos, manejando su cabalgadura con la destreza que siempre se le reconoció y demostrando de paso su perfecto conocimiento del terreno. Sabía mejor que nadie dónde podía saltar una albarrada sin que la maleza le desgarrara las carnes, dónde los apantles tenían el ancho adecuado para cruzarlos.

Llegamos al lugar en que se había convocado a los representantes de los dos pueblos, hizo llamar cerca de él a los viejos que habían sido llevados como expertos y escuchó con particular deferencia, por respeto a sus canas y a sus antecedentes como luchador en defensa de las tierras de Yautepec contra la hacienda de Atlihuayán, a don Pedro Valero. Después se dirigió al ingeniero Rubio —y a mí de paso—, y nos dijo: Los pueblos dicen que este tecorral es su lindero, por él se me van ustedes a llevar su trazo. Ustedes, los ingenieros son a veces muy afectos a sus líneas rectas, pero el lindero va a ser el tecorral, aunque tengan que trabajar seis meses midiéndole todas sus entradas y salidas. . .

Me di cuenta entonces de que, sin perjuicio de que la sencillez campirana con que el General Zapata expresaba sus ideas, en el fondo lo que pedía era lo mismo que también querían todos sus coterráneos: linderos justos y, en la medida de lo posible, accidentes naturales del terreno que evitaran problemas futuros. Nuestras líneas rectas —que sólo lo eran para los trabajos del caminamiento, pero que no desconocían los detalles—, eran susceptibles de hacer entrar en desconfianza a los campesinos, como había ocurrido entre los pueblos de Miacatlán y Coatetelco.

Se proyectaba en nuestro caso levantar el perímetro del ejido de Yautepec, tocando, con caminamientos, los linderos previamente acordados. Hacer más tarde la triangulación que permitiría colocar las distintas poligonales dentro de una armadura indeformable. Junto con el Jefe de la Comisión, el ingeniero Rubio, pusimos banderas en los vértices escogidos —Las Tetillas, el Cerro Barriga de Plata, etc.—, y comprobamos que podríamos hacer las repeticiones angulares requeridas; pero como el tiempo se echaba encima y todo comenzaba a indicar que los carrancistas ocuparían el Estado de Morelos antes de mucho, noté que decaía el entusiasmo de mi Jefe —que ya no volvió a hablar de que hiciéramos las lecturas de horizonte previstas—, y yo mismo comencé a trabajar, por qué negarlo, con cierto desgano.



Desgano, sobre todo, porque las distancias que tenía que recorrer eran enormes: dos horas de ida y dos horas de vuelta; porque al cabo de cuatro o cinco horas de trabajo, mis acompañantes —los peones que la Comisión pagaba y los macheteros que el pueblo nombraba—, comenzaban a quejarse de que ya venía el agua, o de que se nos echaba encima la noche y me apremiaban para que regresáramos. En una de las cañadas que descargan en la Barranca Honda dejé, no sé qué día de noviembre de 1915, la última estaca de mi poligonal. Era la número doscientos y pico.

La última Comisión del Sur la integraron nuestros compañeros Leonel Lemus y Javier Lara. Estando los dos en Quilamula, con las fuerzas carrancistas estrechando el cerco sobre Morelos, el General Manuel Palafox, reconocido, o vuelto a reconocer, Ministro de Agricultura de un gobierno que ya no era el de la Convención, sino el de una causa zapatista que apenas si era dueña del terreno que pisaban sus mermados defensores; soñó todavía con aprovechar a los dos últimos ingenieros que le quedaban para establecer una Comisión Agraria en Acatlán de Juárez, Puebla, que era uno de los pocos territorios en que aún dominaban fuerzas zapatistas al mando de los Generales Juan Andreu Almazán y Damián Flores.

Formó parte de esta última Comisión del Sur, junto con Lemus y Lara, un topógrafo que, hasta donde Lemus recuerda, se apellidaba Montiel, y un ayudante, al que apodaban el Turco y que era probablemente de origen siriolibanés. Con el ingeniero Montiel, como abnegada soldadera, iba su esposa.

Después de varios días de recorrido por los caminos de herradura que cruzan la sierra del sur, en la zona limítrofe de los Estados de Morelos y de Puebla, los integrantes de esta última Comisión llegaron por fin a Acatlán y pusieron en manos del General Almazán el oficio que les habían dado. El General Zapata explicaba en él los propósitos de la Comisión y pedía que se les brindara ayuda para que los llevaran a cabo en forma adecuada.

Lemus dice que el General Almazán les contestó que no se oponía a que cumplieran las órdenes del General Zapata, pero que con toda franqueza les hacía saber que no estaba en posibilidad de brindarles ninguna ayuda y que antes bien les aconsejaban que se retiraran de una zona de peligro en que la línea de fuego se desplazaba continuamente, con incursiones de grupos armados pertenecientes a uno y a otro bando.

—Antes de que piensen ustedes en repartir tierras, agregó, piensen en pelear para ganarlas, eso es al menos lo que yo les digo a mis hombres.

Convencidos de que no podrían sacar más del General Almazán e indecisos sobre lo que les conviniera hacer, nuestros compañeros se fueron entonces a una fonda del lugar y pidieron de comer. La fondera les dijo que la comida valía $20.00 por cabeza y a nuestros compañeros les pareció inclusive barato —ya no eran los tiempos en que una comida

corrida valiera $2.00, como en enero de 1915—, porque llevaban buenos fajos de billetes convencionistas. Pero a la hora de pagar se llevaron la sorpresa de la vida, porque les dijeron que sus billetes no eran buenos, que les pedían $20.00 de los otros. Era que el General Almazán acababa de interceptar un tren cargado con billetes carrancistas y que con ellos pagaba a sus tropas. Además, los comerciantes, mejor orientados sobre la marcha de las operaciones militares, habían robustecido su fe en la moneda carrancista y sabían que la zapatista o convencionista no tardaría en carecer completamente de valor.

Nuestros compañeros se pudieron a discutir, pero la fondera estaba probablemente en buenos términos con la policía de Acatlán, porque se presentó y llevó a nuestros compañeros ante la presencia del mismo General Almazán, quien riéndose ordenó que les dieran $1,000.00 en billetes carrancistas, pero les advirtió que serían los últimos y les aconsejó que para todo lo demás relacionado con su comisión, se pusieran en contacto con el General Damián Flores.

Este resultó ser un zapatista de corazón y acogió con afecto a nuestros compañeros. Les dio de comer dos o tres veces, pero significó que esa era la única muestra de simpatía y prácticamente la única ayuda que podía ofrecerles. Poco después los $1,000.00 se acabaron y el General Almazán les ofreció a nuestros compañeros darlos de alta como oficiales, haciéndole honor a la instrucción militar que se nos había impartido en la Escuela Nacional de Agricultura.

Al principio Lara y el Turco se mostraron inclinados a decir que sí, pero Lemus los convenció de que primero debían darle cuenta al General Palafox de los resultados de la comisión que les había confiado.

A última hora ni siquiera necesitaron decir nada, porque el General Almazán evacuó Acatlán para no verse frente a frente con el General Higinio Aguilar, que no estaba bien definido como zapatista y que operaba también por el contorno.

Esta fue la última Comisión del Sur, el último intento, mejor dicho, para llevar a la práctica en forma de ejidos, las promesas del Plan de Ayala. El destino, que muy frecuentemente es más fuerte que la voluntad de los hombres, impidió que los trabajos se llevaran a cabo; pero no hizo mella en la fe con la que los Generales Zapata y Palafox mantuvieron sus ideales en alto.

Según los datos que aportaba el censo de 1895 —único de que podía echarse mano hasta la Revolución—, sobre una población de 12 millones de habitantes, sólo contábamos con 30,000 propietarios, esto es, con un propietario por cada 400 habitantes. Y no había muchas esperanzas de que los propietarios ayudaran de buena gana a destruir esa monstruosa concentración territorial. Las tierras buenas las sembraban "por cuenta de la hacienda" —como era costumbre decir—, las menos buenas se daban a medias. Cuando el año era lluvedor, la cosecha de maíz que se levantaba en una hectárea podía venderse por $500.00, de los cuales le



quedaban a la hacienda $250.00. El propietario no tenía el menor interés en vender esas mismas tierras a razón de $300.00 por hectárea; ni los rancheros, por lo general, hubieran tenido con qué comprarlas. El cálculo pecaba por exageración, pero en el fondo era justo.[21]

Nuestros trabajos topográficos con los deslindes y planos que hicimos no fueron suficientes para que cristalizara una nueva situación territorial que el Gobierno de la República —el que presidía don Venustiano Carranza—, quisiera respetar; pero habíamos puesto en duda todo lo que los hacendados habían creído consolidar con mojoneras que los vecinos de los pueblos se apresuraron a demoler. Morelos era una vez más "res nullious". Cuando se tratara de consolidar otra situación territorial, los intereses de los pueblos no podrían ya pasarse por alto.

21. *El Problema Agrario en la República Mexicana*, Antenor Sala. Tipografía de Fidencio S.Soria. México 1913.

Anexo No. 1

## ALUMNOS DE LA ESCUELA NACIONAL DE AGRICULTURA INICIALMENTE NOMBRADOS PARA FORMAR PARTE DE LAS COMISIONES AGRARIAS DEL SUR

### 1.–ESTADO DE MORELOS

CUERNAVACA:

| | | |
|---|---|---|
| Pasante: | Leandro Mendoza Vargas | (No se presentó) |
| Ayudante: | José Baltazar | (No se presentó) |
| Ayudante: | Carlos Soto | |
| Ayudante: | Bartolomé Vargas Lugo | |

YAUTEPEC:

| | |
|---|---|
| Pasante: | Francisco García Robledo |
| Ayudante: | Alberto García Teruel |
| Ayudante: | Gaspar Garza Lara |
| Ayudante: | Marte R. Gómez |

CUAUTLA:

| | |
|---|---|
| Pasante: | |
| Ayudante: | Samuel Torres Elorduy |
| Ayudante: | Daniel Valera |
| Ayudante: | Fidel Velázquez |

JOJUTLA:

| | | |
|---|---|---|
| Pasante: | Mario Bandala | |
| Ayudante: | Justo Lozoya | (No se presentó) |
| Ayudante: | José Polanco | (No se presentó) |
| Ayudante: | Eulogio Zedillo | |

JONACATEPEC:

| | | |
|---|---|---|
| Pasante: | José Gómez Vallejo[1] | (No se presentó) |
| Ayudante: | Francisco Cabanillas | |
| Ayudante: | Arturo Jiménez Canet | (No se presentó) |
| Ayudante: | Luis Rodríguez | |

TETECALA:

| | |
|---|---|
| Pasante: | Alberto Lares |
| Ayudante: | Manuel Avila |
| Ayudante: | Gonzalo Durán |
| Ayudante: | Ramiro Sanabria |

## 2.—ESTADO DE GUERRERO

DISTRITO DE ALVAREZ:

| | |
|---|---|
| Pasante: | Luis Salceda |
| Ayudante: | Ernesto Barragán |
| Ayudante: | Mariano Cervantes[2] |

DISTRITO DE ZARAGOZA:

| | |
|---|---|
| Pasante: | Raymundo Enríquez |
| Ayudante: | Luciano Barrera |
| Ayudante: | Nabor Cuervo Martínez |
| Ayudante: | Luis Rivera Tamborrel |

DISTRITO DE HIDALGO:

| | | |
|---|---|---|
| Pasante: | Eustasio Contreras[3] | |
| Ayudante: | Daniel Hibbler Martínez | (Se presentó en Morelos) |

1. Actuó con los constitucionalistas y formó parte más tarde de la Comisión Agraria del Estado de Sonora.
2. Actuó con los constitucionalistas, fue pagador del Batallón de Zapadores que formaba parte de las fuerzas que sostuvieron el famoso combate de Ebano y siguió después a las órdenes de nuestro también compañero Ulises Mier, que lo mandaba, hasta que éste murió en combate, al tomar Villa la ciudad de Chihuahua.
3. Se fue a Veracruz y formó parte del personal técnico de la Secretaría de Agricultura Constitucionalista.



| | | |
|---|---|---|
| Ayudante: | Jorge Rodríguez | |
| Ayudante: | Francisco Velázquez | |

DISTRITO DE MORELOS:

| | |
|---|---|
| Ayudante: | Ramón Cárdenas |
| Ayudante: | Adolfo García Portas |
| Ayudante: | Viesca Vázquez |
| Ayudante: | Eulalio Gómez |

DISTRITO DE ALARCON:

| | |
|---|---|
| Ayudante: | Genaro Arzabe[4] |
| Ayudante: | Felipe de la Garza[5] |
| Ayudante: | Francisco González |

## 3.—ESTADO DE PUEBLA

DISTRITO DE ATLIXCO:

| | | |
|---|---|---|
| Ayudante: | Gumaro García de la Cadena | (Se presentó en Morelos) |
| Ayudante: | José Lomelí | |
| Ayudante: | Javier Ramírez Aguilar | |
| Ayudante: | Jorge Sañudo | |

DISTRITO DE CHIETLA:

| | | |
|---|---|---|
| Ayudante: | Lorenzo Flores | (Se presentó en Morelos) |
| Ayudante: | Luis Herrera | |
| Ayudante: | Javier Lara | (Se presentó en Morelos) |

4. Prefirió darse de alta en las fuerzas del General López, subordinado del General Urbina. Representante de éste en la Convención. Por este motivo estuvo en Toluca e hizo después toda la peregrinación que llevó a los convencionistas, escoltados por el General Argumedo, hasta las inmediaciones de Monterrey.
5. Fue también de quienes se incorporaron al constitucionalismo, formó parte más tarde del cuerpo de agrónomos que fueron a trabajar en la cuestión agraria del Estado de Sonora.

**DISTRITO DE IZUCAR DE MATAMOROS:**

| | | |
|---|---|---|
| Ayudante: | José Eroza | |
| Ayudante: | Manuel Fitzmaurice[6] | (Se presentó en Morelos) |
| Ayudante: | Javier Hoyo | |
| Ayudante: | Carlos Ramírez[7] | |

**DISTRITO DE CHAUTLA:**

| | |
|---|---|
| Ayudante: | Gregorio Cortés |
| Ayudante: | David Ibarra |
| Ayudante: | Tomás Pérez |

**DISTRITO DE TEPEJI DE LA SEDA:**

| | |
|---|---|
| Ayudante: | Roberto Benítez |
| Ayudante: | Delfino Briseño Ortega |
| Ayudante: | Alonso Fernández |
| Ayudante: | Ignacio Paredes |

**DISTRITO DE CHALCO:**

| | | |
|---|---|---|
| Ayudante: | Jesús M. Concha | (Se presentó en Morelos) |
| Ayudante: | Rafael Baqueiro | |
| Ayudante: | Ildebrando Montemayor | |
| Ayudante: | Juan Fernando Ruiz | |

6. Fue también de los agrónomos que le sirvieron al constitucionalismo, más tarde actuó en la Comisión Nacional Agraria, primero como topógrafo en los Estados de Querétaro y Guanajuato, después en las oficinas superiores de la misma Comisión Nacional Agraria y en el Departamento Agrario, del que llegó a ser Consejero.
7. Actuó como constitucionalista, a las órdenes de nuestro compañero Ulises Mier. Estuvo en los combates de Ebano y después siguió a Chihuahua formando parte de la columna que mandaba el General Jacinto B. Treviño. Después del tropiezo de Chihuahua, se dio de baja para actuar como ingeniero en diversas actividades agrarias y profesionales. Al jubilarse era Agente de la Secretaría de Agricultura y Fomento.



**DISTRITO DE TEXCOCO:**

| | | |
|---|---|---|
| Ayudante: | Salvador Gortari[8] | |
| Ayudante: | Manuel Meza[9] | |
| Ayudante: | Gabriel Morales | |
| Ayudante: | Manuel Santuario | |

**DISTRITO DE IXTLAHUACA:**

| | | |
|---|---|---|
| Ayudante: | Pedro Jáuregui | |
| Ayudante: | José R. Brambila | |
| Ayudante: | Francisco Calles | |
| Ayudante: | Enrique Enshaw[10] | (Se presentó en Morelos) |

**DISTRITO DE TENANGO:**

| | | |
|---|---|---|
| Ayudante: | Luis Arturo Romo[11] | |
| Ayudante: | Enrique Barón Obregón[12] | |
| Ayudante: | Octavio Flores | (Se presentó en Morelos |
| Ayudante: | Octavio Solís | (Se presentó en Morelos) |

8. Actuó en el constitucionalismo. Tuvo labor destacada en la Comisión Local Agraria del Estado de Veracruz y en diversos cargos de la Comisión Nacional Agraria y del Departamento Agrario, así como del Banco Ejidal.
9. En 1916, estuvo en Yucatán trabajando en la Escuela Regional de Agricultura que estableció el General Salvador Alvarado. Tras una breve estancia en Tampico, al sevicio de las compañías petroleras, ingresó a la Comisión Local Agraria de Veracruz. A partir de entonces, se definió su convicción agrarista, en la que ha perseverado con indudable tesón.
10. Se identificó con el grupo agrarista de San Luis Potosí, del que fue elemento destacado. Llegó al Senado de la República donde tuvo la mala fortuna de sostener un lance personal contra el también Senador Espinosa, del Estado de Chiapas, con resultados fatales para los dos.
11. Formó parte del grupo de agrónomos que actuó en el Estado de Sonora. Técnicamente fue el más distinguido de este grupo. Dedicado a los negocios privados, ha hecho fortuna como agricultor y como distribuidor de maquinaria agrícola.
12. Ingresó al Constitucionalismo y destacó en la política de su Estado natal, Veracruz. Fue miembro destacado del grupo de diputados que se lanzaron al delahuertismo. Después de ese fracaso, se ha dedicado a negocios particulares.

DISTRITO DE SULTEPEC:

Ayudante: Heliodoro Rendón[13]
Ayudante: Arturo Aguirre[14]
Ayudante: Daniel Ríos[15]
Ayudante: Gonzalo Zapata

DISTRITO DE TIANGUISTENGO:

Ayudante: Carlos Chávez
Ayudante: Miguel Schultz
Ayudante: Alfredo Valle
Ayudante: Carlos Villalva

DISTRITO DE TENANGO DEL VALLE:

Ayudante: Ramón Corral Soto[16]
Ayudante: Gustavo Martínez Baca[17]
Ayudante Francisco Rodríguez
Ayudante: Gonzalo Sánchez

13. Formó parte de los agrónomos que se afiliaron al constitucionalismo y fue después seleccionado para actuar en el Estado de Sonora, donde murió trágicamente durante el desempeño de una de sus comisiones, según se explicó ya en el *Anecdotario de San Jacinto*.
14. Se incorporó al constitucionalismo y formó parte después del pie veterano de los agrónomos que trabajaron en la Comisión Nacional Agraria y en el Departamento Agrario, del que es hasta la fecha Consejero.
15. Se incorporó al constitucionalismo y actuó después en una de las primeras Comisiones Agrarias que aplicaron en el centro de la República la ley de 6 de enero de 1915. Ha colaborado en los ultimos años en el Banco Nacional de Crédito Agrícola.
16. Formó parte del grupo de agrónomos constitucionalistas y más tarde trabajó en la Comisión Nacional Agraria. Vive dedicado a asuntos particulares de su profesión.
17. Trabajó en la Comisión Agraria del Estado de Yucatán, con el General Alvarado y después en la Comisión Nacional Agraria y en el Departamento Agrario, del que fue Delegado, hasta su jubilación.



DISTRITO FEDERAL:

Ayudante: Miguel Yépez Solórzano[18]
Ayudante: Fernando Medina
Ayudante: Alvaro Ruiz Sandoval
Ayudante: Galdino Palafox

18. Formó parte inicialmente de la Comisión Agraria del Estado de Chihuahua y fue después a Sonora. Incorporado al grupo sonorense, destacó en él hasta contraer la enfermedad que lo imposibilitó para trabajar y abrevió su existencia.

NOTA: De un total de 91 alumnos de la Escuela Nacional de Agricultura que fueron nombrados para que formaran parte de las Comisiones Agrarias aquí citadas; para actuar en Morelos, sólo habrían tenido obligación de pasar lista 23. No respondieron al llamado —y no los culpo por ello, apunto simplemente el dato—, 6 de ellos, pero su ausencia fue más que compensada al pasar lista en Cuernavaca un total de 41 alumnos de la ENA con quienes pudieron integrarse todas las Comisiones Agrarias del Sur.

A quienes no estaban nombrados para actuar en Morelos, ni siquiera sé si se les dieron órdenes de que se presentaran a trabajar. No los culpo por su ausencia, pero hago resaltar como muy honrosa la conducta de los voluntarios (23) que sin tener nombramiento para ir a Morelos, se presentaron en Cuernavaca junto con nosotros.

## Anexo No. 2

## LISTA POR ORDEN ALFABETICO DE LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA NACIONAL DE AGRICULTURA QUE A LA POSTRE TRABAJARON EN LAS COMISIONES AGRARIAS DEL SUR

1.—Avila Manuel †
2.—Bandala Mario †
3.—Benítez España Roberto
4.—Cabanillas Francisco
5.—Calles Francisco
6.—Carrasco Luis
7.—Concha Jesús Manuel †
8.—Coppel Rivas Enrique
9.—Cruz Alfonso
10.—Durán Gonzalo †
11.—Flores Octavio †
12.—García de la Cadena Gumaro †
13.—García Robledo Francisco
14.—García Teruel Alberto †
15.—Garza Lara Gaspar
16.—Gómez Marte R.
17.—Gutiérrez Efraín
18.—Hernández Arturo
19.—Hernández Coronado Abel
20.—Herrera Luis †
21.—Hibbler Martínez Daniel
22.—Hoyo Mario Javier †
23.—Lara Javier †
24.—Lares Alberto †
25.—Lemus Leonel
26.—Lezama Rubén
27.—Martínez Antonio



28.—Núñez José M. †
29.—Patiño Benjamín
30.—Peredo Enrique †
31.—Rodríguez Luis G.
32.—Sanabria Ramiro
33.—Solís Octavio
34.—Soto Carlos †
35.—Torres Elorduy Samuel †
36.—Valera Daniel †
37.—Vargas Lugo Bartolomé
38.—Velázquez Fidel
39.—Velázquez Samuel †
40.—Velázquez Ignacio Jr. †
41.—Zedillo Eulogio †

## Anexo No. 3

## INGENIEROS CIVILES Y MILITARES Y JEFES DE DEPENDENCIAS ADMINISTRATIVAS QUE FORMARON PARTE DE LAS COMISIONES AGRARIAS DEL SUR

1.—Arguinzonis Antonio †
2.—Azcárraga A. Arturo †
3.—Cacho Felipe †
4.—Carrillo Pue to Felipe †
5.—Coria José
6.—Cuéllar Adán †
7.—Díaz Bernardino †
8.—Díaz Soto y Gama Conrado †
9.—Díaz Soto y Gama Ignacio †
10.—Encinas Gabriel †
11.—Escárcega Francisco †
12.—Gómez Antonio †
13.—Gómez Farías José †
14.—Gómez R. Efraín
15.—Gómez Mauricio †
16.—González Enrique †
17.—González Guillermo †
18.—Hidalgo Amador †
19.—Hoyo López Ignacio †
20.—Larrea Antonio †
21.—López Enrique †
22.—Manzanera Bernardino †
23.—Martínez Candelario
24.—Montiel Olvera Genaro
25.—Muñoz Salas José
26.—Olivera Moreno Juan
27.—Robles Arenas Pedro



28.—Rodríguez Francisco
29.—Rubio Carlos †
30.—Salas Guillermo
31.—Santibáñez Felipe †
32.—Segura y Gama Luis
33.—Sotomayor Arturo †
34.—Vázquez Gil Ricardo
35.—Zayas G. Fernando

Si se coteja esta lista con la del anexo número 5, se comprobará que no aparece todavía asignación de comisión para 13 de los enlistados. De ellos sé con seguridad que el ingeniero don Ignacio Díaz Soto y Gama era el Jefe Técnico de las Comisiones del Sur, el ingeniero Antonio Arguinzonis su segundo de a bordo, o Auxiliar Técnico y el ingeniero Ricardo Vázquez Gil, Supervisor e Inspector de Campo que recorría el Estado de Morelos revisando lo que hacíamos y poniendo unidad en todo. No sé dónde trabajaron o qué hicieron concretamente los demás.

## Anexo No. 4

### INGENIEROS AGRONOMOS DE LAS GENERACIONES ANTIGUAS QUE SE INSCRIBIERON PARA TRABAJAR EN LAS COMISIONES AGRARIAS DEL SUR

1.–Cabañas Lamberto †
2.–González Pastor Luis †
3.–Salazar Eusebio †
4.–Velázquez Ignacio †



## Anexo No. 5

### 1.–COMISION AGRARIA DEL DISTRITO DE CUERNAVACA

Jefe: COPPEL RIVAS ENRIQUE, de la ENA, que más tarde fue nombrado Jefe de la Comisión Agraria del Distrito de Yautepec.

Jefe: GOMEZ FARIAS JOSE, Ingeniero Civil, nombrado para sustituir al anterior.

Subjefe: HERNANDEZ CORONADO ABEL que después pasó a Iguala.

Subjefe: MONTIEL OLVERA GENARO

Representante Agrario: HIDALGO AMADOR

Ayudantes: AVILA MANUEL, de la ENA.
CALLES FRANCISCO, de la ENA.
SOLIS OCTAVIO, de la ENA
SOTO CARLOS, de la ENA.

### 2.–COMISION AGRARIA DEL DISTRITO DE YAUTEPEC

Jefe: No se presentó.

Jefe: COPPEL RIVAS ENRIQUE, de la ENA, que fue cambiado de Cuernavaca a Yautepec.

Jefe: RUBIO CARLOS, Ingeniero Civil, nombrado cuando la Convención ocupó la Capital de la República, en abril de 1915.

Subjefe: GARCIA ROBLEDO FRANCISCO, de la ENA, que fue promovido temporalmente a la categoría de Jefe.

Subjefe: OLIVERA MORENO JUAN, del Colegio Militar.

Representante Agrario: SANTIBAÑEZ FELIPE

Ayudantes: GARCIA TERUEL ALBERTO, de la ENA.
GARZA LARA GASPAR, de la ENA.
GOMEZ MARTE R., de la ENA.
PATIÑO BENJAMIN, de la ENA.

Dibujante: SOTOMAYOR ARTURO

### 3.—COMISION AGRARIA DEL DISTRITO DE CUAUTLA

Jefe: SALAZAR EUSEBIO, Ingeniero Agrónomo (Antiguo), de la ENA.
GOMEZ ANTONIO, sustituyó al anterior.

Subjefe: LARES ALBERTO, de la ENA, que después intentó salir a la América Central.

Subjefe: CONCHA JESUS M., de la ENA, que sustituyó a Lares.

Representante Agrario: CARRILLO PUERTO FELIPE

Ayudantes: TORRES ELORDUY SAMUEL, de la ENA.
VALERA DANIEL, de la ENA.
VELAZQUEZ FIDEL, de la ENA.



### 4.—COMISION AGRARIA DEL DISTRITO DE JOJUTLA

Jefe: GOMEZ R. EFRAIN, sólo por poco tiempo.

Jefe: CACHO N. FELIPE, Ingeniero Civil. Casi hasta el final.

Subjefe: LEMUS LEONEL, de la ENA.

Representante Agrario: ENCINAS GABRIEL

Ayudantes: GUTIERREZ EFRAIN, de la ENA.
ZEDILLO EULOGIO, de la ENA.

### 5.—COMISION AGRARIA DEL DISTRITO DE JONACATEPEC

Jefe: CABAÑAS LAMBERTO, Ingeniero Agrónomo que sólo estuvo poco tiempo.

Jefe: MUÑOZ SALAS JESUS, Ingeniero Civil.

Subjefe: GARCIA ROBLEDO FRANCISCO, hasta que salió rumbo a la América Central.

Subjefe: LEMUS LEONEL, que sustituyó al anterior.

Ayudantes: ANGUIANO ANGEL
CABANILLAS FRANCISCO, de la ENA.
CARRASCO LUIS, de la ENA. Salió con García Robledo.
GARCIA DE LA CADENA GUMARO, de la ENA. Sustituyó al anterior.
HERNANDEZ ARTURO, de la ENA. Salió también a Centro América.
LARA JAVIER. Sustituyó al anterior.
MARTINEZ ANTONIO, de la ENA.
RODRIGUEZ LUIS, de la ENA.

## 6.—COMISION AGRARIA DE TETECALA

Jefe: IGNACIO VELAZQUEZ, Ingeniero Agrónomo Antiguo, sólo por poco tiempo.

Jefe: AZCARRAGA ARMENDARO ARTURO, Ingeniero Civil, que también estuvo poco tiempo.

Jefe: LOPEZ ENRIQUE, Ingeniero.

Subjefe: SALAS GUILLERMO, Ingeniero del Colegio Militar.

Representante Agrario: LARREA ANTONIO

Ayudantes: AVILA MANUEL, de la ENA.
BENITEZ ESPAÑA ROBERTO, de la ENA.
DURAN GONZALO, de la ENA.
MARTINEZ HIBBLER DANIEL, de la ENA.
NUÑEZ JOSE M., de la ENA.

Escribiente: ZAMORA HERMILO

(Con posterioridad fueron cambiados de adscripción Manuel Avila, José M. Núñez y Ramiro Sanabria).

## 7.—COMISION AGRARIA DEL DISTRITO DE IGUALA, GRO.

Jefe: CRUZ ALFONSO, de la ENA, quien después fue designado como Inspector y para el desempeño de comisiones confidenciales.

Jefe: ESCARCEGA FRANCISCO, Ingeniero Civil. Muerto trágicamente durante la construcción del Ferrocarril del Sureste.

Subjefe: SEGURA Y GAMA LUIS, Ingeniero Civil.

Representante Agrario: DIAZ SOTO Y GAMA CONRADO, Ingeniero Civil.

Ayudantes: BANDALA MARIO, de la ENA.
CUELLAR ADAN



DIAZ BERNARDINO
MANZANERA DEL CAMPO BERNARDINO

Secretario: ALMENDARO ARTURO

## 8.—COMISION DEL DISTRITO DE ALARCON (TAXCO)

Jefe: CORIA JOSE, Ingeniero Civil.

Subjefe: HERNANDEZ CORONADO ABEL, de la ENA.

Ayudantes: HOYO MARIO JAVIER, de la ENA.
LEZAMA RUBEN, de la ENA.
PEREDO ENRIQUE, de la ENA.

## 9.—COMISION AGRARIA DEL DISTRITO DE TOLUCA, MEXICO

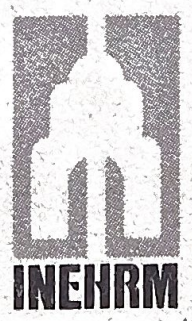
Jefe: GOMEZ ANTONIO, Ingeniero Civil.

Subjefe: RODRIGUEZ FRANCISCO

Representante Agrario: HOYO LOPEZ IGNACIO

Ayudantes: AVILA MANUEL, de la ENA.
GONZALEZ PASTOR LUIS
SOLIS OCTAVIO, de la ENA.
VARGAS LUGO BARTOLOME, de la ENA

Al disolverse la Convención en Toluca, Avila y Solís se reconcentraron en Cuernavaca.


INEHRM

# Las Comisiones Agrarias del Sur

Marte R. Gómez

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA REVOLUCION MEXICANA